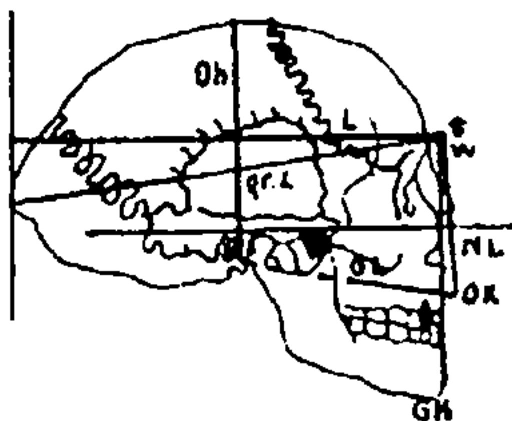
LAS GRANDES CUESTIONES INTERNACIONALES

J. Elias de Tejada

El RACISMO



Breve historia de sus doctrinas



F. ELIAS DE TEJADA

EL RACISMO

BREVE HISTORIA DE SUS DOCTRINAS

EDITORIAL PACE
MADRID

GRÁFICAS UGUINA - MELÉNDEZ VALDÉS, 7. - MADRID

INDICE

INTRODUCCION

Una cosa es la "doctrina" racista y otra la "idea" racial. La primera entraña consideración científica; la segunda, planteamiento político; aquélla, explica; ésta, conmueve; una es ciencia; otra, vida. Esas líneas tienden a dar una somera descripción de las "doctrinas" sucesivamente aparecidas, fijándose al final los propios puntos de vista del autor, mas dejando fuera todo lo que se refiere a la idea vivida; esto es, a las repercusiones políticas pasadas o presentes.

Por exigencias de la índole del trabajo se prescinde de muchos nombres, algunos tan conocidos como el de Clauss, o se refieren en breves líneas y con la mayor claridad posible construcciones que, como las de Ottmar

Spann o los maestros del idealismo alemán, exigirían una explicación previa del sistema entero del autor. Trátase de lograr solamente una visión clara y concisa sobre la aparición y mutaciones de la "doctrina" de la raza.

PREMISAS FILOSOFICAS

En todos los conocimientos físicos patrimonio del hombre, precede el hecho a la explicación y la realidad a la doctrina; así también sucede con lo referente a las razas. La diferenciación entre las estirpes humanas por el color de la piel está ya indicada en los libros sagrados y en los escritores clásicos del mundo greco-latino, pero sin que las acotaciones pasen de notas; nunca con intentos de formular una teoría. La misma distinción bíblica entre los tres hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, es la narración de un acontecimiento histórico: la dispersión de los herederos del patriarca, más que la descripción etnográfica con vistas a separar completamente tipos humanos de somática diferenciada.

Mientras el mundo fué estimado, tomista

y leibnizianamente, como obra perfecta salida de la mano perfectísima del Creador, las razas eran resultados del orden universo, producto del dedo que trazó el mundo, realidades naturales cuya trascendencia histórica dependía del arbitrio divino, y hechos permanentes de constante valor. Por eso el punto de partida de las doctrinas racistas está en el momento en que un inglés, John Ray, considera a las especies resultado transitorio de las fuerzas naturales, en lugar de arquetipos labrados por Dios (1); cuando se transforma en pasajero lo que era bien trabada arquitectura del universo, se traslada la raza a una consideración histórica y se las hace sujetos del devenir humano.

Todo el siglo XVIII va dejándose penetrar lentamente de esta concepción, y de una manera paulatina las razas van siendo admitidas como factores cuyas variantes pueden y deben repercutir en el giro de la Humanidad. El sistema natural que Ray inaugura se une a la técnica clasificatoria de un Linneo, para concretarse en una observación naturalística de la posición del hombre en el mundo, ya patente en los escritos de Buffon. Y con el romanticismo alemán aparece, por boca de Schelling, el primer planteamiento doctrinal

de la cuestión, precisamente en relación con la idea del mito, la que se elimina de la problemática durante todo el siglo XIX, para surgir nuevamente en nuestros días gracias a Moeller van den Bruk y Alfredo Rosenberg, bien que con aspectos radicalmente opuestos a los del gran filósofo alemán.

Schelling opina que el mito crea al pueblo. Los pueblos no fabrican los mitos, sino que nacen como una secuela del mito en la historia. "No surge la mitología popular de su historia, sino que, por el contrario, la Historia está determinada por la Mitología, o, mejor, no es que esté determinada, es que ella misma es su destino, la suerte que le ha tocado desde el primer momento (tal cual el carácter de un hombre es su destino)." *(Nicht durch seine Geschichte ist ihm seine Mythologie, sondernumgekehrt ist ihm durch seine Mythologie seine Geschichte bestimmt, oder vielmehr diese bestimmt nicht, sie ist selbst ein Schicksal (wie der Charakter eines Menschen sein Schicksal ist), sein ihm gleich anfangs gefallenen Loos)* (2). Con lo que el mito cobra un papel psicológico de diferenciación, anclando en las particularidades de cada ser humano y actualizándose en características propias de todo individuo de cada

grupo; dando así pie a una filosofía de las realidades históricas en la fisiología de los seres racionales, que Schelling no desarrolla, pero para la que pone los cimientos. Bien entendido que, a diferencia de los escritores propiamente racistas, baja desde la filosofía y desde la historia a la biología, sin tomar como punto de arranque los meros datos físicos.

En las otras grandes cabezas del idealismo no faltan referencias a la raza, pero nunca con una importancia filosófica *a se*. Así Kant ve en la "unión hereditaria" uno de los factores constitutivos de un pueblo (3), y Fichte aislaba a los alemanes con consideraciones que en último término iban a dar a la pureza de la sangre, entre los varios de común origen germánico (4), refiriéndose al pueblo como soporte de una eternidad terrenal *(irdische Ewigkeit)* que únicamente en la raza puede hallar plasmación viva y permanente (5).

1.—En varias obras, especialmente en sus *Three physico-theological discourses*, cuya primera edición apareció en 1693.

Citado por Erich Voegelin en la página 36 de su libro *Die Rassenidee in der Geistesgeschichte von Ray bis Carus*. Berlín. Junker und Dünnhaupt, 1933

2.—*Schellings Werke* (ed. Manfred Schröter). München. Beck und Oldenbourg, VI (1928), 67.

3.—En sus *Principios metafísicos del Derecho;* trad. esp. de G. Lizárraga. Madrid, Suárez, 1873; pág. 164.

4.—Vide los discursos IV a VII de sus *Reden an die deutsche Nation* (ed. Eduard Spranger). Leipzig, Félix Meiner, 1943; págs. 60-126.

5.—*Reden an die deutsche Nation*, 133.

KLEMM Y CARUS

Dos antecesores inmediatos preparan la llamarada gobiniana: Klemm y Carus. Gustavo Klemm (1), moviéndose todavía en el marco de la ideología dieciochesca, observa que, mirada históricamente, la Humanidad se divide en dos grupos: los activos, autores del suceso histórico, y los pasivos, meros espectadores de aquella actividad (2). Ambos tipos se mezclan entre sí, sin concretarse a ninguna raza especialmente, con lo que Klemm apunta la separación entre activos y pasivos, masculinos y femeninos, hacedores o receptores de hechos, que preludia la ulterior separación que Gobineau establece entre razas fuertes y débiles; pero, a diferencia del último, Klemm no cree que cada uno de estos tipos se reduz-

ca indeleblemente a una determinada estirpe humana.

La importancia de Carus es aún menor, y se reduce a que, según confesión propia, Gobineau le cita con fruición en varias ocasiones (3), correspondiéndole por ende el mérito de esbozar la primera interpretación filosófico-política.

1.—En su *Allgemeine Culturgeschichte der Menschheit.* Diez tomos, impresos en Leipzig de 1843 a 1852.

2.—I (1843), 196.

3.—Vr. gr. en el tomo I del *Essai*, págs. 89 y 251. El libro de Carus se titula *Ueber ungleichende Behaefigung der verschiedenen Menschheitsstaemme für hoehere geistige Entwickelung*, y está publicado en Leipzig en 1849.

UNA FILOSOFIA RACISTA DE LA HISTORIA: GOBINEAU

Cuando una de las más finas plumas de observador en toda Europa, el barón húngaro Josph Eötvos, escribía que la diferencia de razas, con excepción del pequeño pueblo judío, había perdido toda importancia (1), un noble francés que llevaba en las venas sangre de aquel vikingo noruego Ottmar Jarl, que dejara en el siglo IX las tierras de Trondjhem por las de Normandía (2), daba prestancia política a la doctrina racista en busca de una perspectiva histórica que, forzada y todo, pronto adquirió plaza de axioma en el movimiento cultural pangermanista.

Salvando detalles biográficos, pudiera decirse que la teoría de este hombre del Norte, viene de Asia. "Todo lo que pensamos y to-

das las maneras de nuestro pensamiento tienen su origen en Asia", escribirá a la cabeza de uno de sus libros (3). Y toda la teoría de Gobineau es el fruto de un choque entre dos estilos de vida: el occidental, de que tan orgulloso había de ser el embajador de Napoleón III en Persia, y el oriental, de que tan altivos se muestran los pueblos orientales, parapetando la consciencia de su superioridad en la hermética sonrisa de los que tienen el secreto de las grandes cosas de la vida. Es el embajador quien señala con no recatada admiración: "lo que no es menos digno de notar es que esta inferioridad—la que nosotros les adjudicamos—no les afecta tanto como pudiera suponerse" (4). Choque de mentalidades que producirá el vencimiento de la joven. La Persia aria, la aristocrática sociedad que acabaron los partos, le seduce en medio del brillo de los sucesores de los sasánidas. Yendo a la Persia moderna, quebránronsele los ojos en la visión de la Persia antigua, la del cercano parentesco de las horas dormidas del pasado. No hay para él otra Persia que la aria, que la de la Ectabana luminosa en el color de sus siete muros aguerridos; que la de los Ciros y Cambises, la que luchó con Alejandro y brilló con el lustre de

los grandes jefes de la dinastía arsácida. Cuando la hora sonó para esta dinastía y Persia no fué el encanto del mundo germano visto a través de la fábrica presente, sino la mole oriental que veían sus ojos monótonamente idénticas a las líneas de todo el resto del Oriente. Persia no le interesó; ya no era la suya; que ésta murió con el último arsácida, postrera estampa del Irán antiguo. He aquí cómo termina su larga *Historia de los persas:* "El Irán antiguo murió con los partos, y los sasánidas comenzaron el Irán nuevo, aquel en donde la influencia semítica, la de las razas de valor secundario, vino a ser preponderante para siempre. A partir del día en que Ardeshyr se ciñó la corona, Persia fué un imperio oriental en el sentido moral que se suele dar a esta palabra... Yo me detengo en el momento en el cual dejó de existir próximo parentesco entre nosotros y los dominadores del Irán" (5). La obra entera del conde de Gobineau, ario puro y rubio, mimado por los dioses, es el afán de rebuscar el pasado que le golpeaba la sangre a través del paisaje extraño que le entraba por los ojos en la meseta asiática; es una obra de revancha ante el dolor de la perdida Persia antigua, arqueología del fuego apagado en ceni-

zas por el huracán sofocante y semita del desierto árabe.

Estaba ante el fenómeno de la caída de una raza, de degeneración, de decadencia, y su problema es explicarse la causa de esa caída: En tal sentido, el planteamiento ha de ser muy análogo al ulterior de Federico Nietzsche, obseso también por las preocupaciones de la decadencia. Ambos se dedican a enjuiciar los terremotos históricos, y ambos quieren hacer una filosofía de la historia partiendo de los análisis de las crisis.

La explicación está en la corrupción o pureza de las razas y en las diversas aptitudes de cada una de éstas; unas son fuertes, castas de señores, y otras son débiles, predestinadas a la sumisión. Todo el método histórico de Gobineau se reduce a comparar unas con otras, siempre desde el punto de vista de la raza fuerte a que él mismo pertenecía. En su prefacio-dedicatoria al Rey de Hannover Jorge V, nos da la clave del libro entero: "Después de haber llegado a saber—escribe—que hay razas fuertes y razas débiles, me he dedicado a estudiar con preferencia a las primeras, a analizar sus aptitudes y, sobre todo, a remontar la cadena de sus genealogías. Y, siguiendo este método, he acaba-

do por convencerme de que todo lo que hay de grande, noble, de fecundo, sobre la tierra; todas las creaciones humanas en la Ciencia, el Arte o la Civilización, lleva al observador a una conclusión: la de que todo no es más que la secuela de un solo pensamiento, no pertenece más que a una sola familia, cuyas diversas ramas han reinado en todas las comarcas cultas del universo" (6).

Los demás factores sociales: religión, lujo, fanatismo, corrupción de costumbres, etc., tienen un valor muy secundario en esta filosofía de la decadencia histórica. Las causas son más hondas y han de buscarse en la entraña íntima de los pueblos. Las naciones caen cuando degeneran biológicamente, no por azar de circunstancias exteriores; vienen a tierra cuando el factor hombre no posee el valor intrínseco de los días de gloria, lo que ocurre cuando no hay en las venas la misma sangre, de la que sucesivas mezclas han modificado gradualmente el valor; o, dicho en otras palabras, "cuando bajo el mismo nombre no ha conservado la raza de los fundadores" (7). Gobineau sustituye así todos los matices de la herencia por la degeneración étnica y hace de la historia un altibajo de razas.

A lo largo del tiempo el espíritu de cada hombre está sometido a dos leyes contrapuestas, de las que resulta la condición alterna de las razas: una, de repulsión, que se manifiesta en las formas endogámicas; y otra, de atracción, que origina las exogámicas. Tales leyes, conjugándose alternativamente, determinan la marcha de la historia y la caída de los pueblos. El azar de las conquistas, de las batallas y de las derrotas no basta para aniquilar la esencia de un pueblo, sino sólo la degeneración que trae consigo la mezcla de razas. Gobineau señala el ejemplo de los chinos e hindús, a los que promete la libertad y gloria futura en razón de saber mantener su inalterabilidad racial frente a los momentáneos conquistadores, materialmente superiores, contraponiéndolos a la desaparición de los griegos y romanos del bajo imperio, debido a haber agotado las posibilidades étnicas en una desenfrenada mescolanza de sangres.

Pero esta filosofía de la decadencia no deja perspectivas de salvación a ninguna gente triunfadora, porque todo vencedor está amenazado desde el momento en que sufre influencias de la sangre de los vencidos. Con melancolía señala Gobineau que "las razas

señoras desaparecen rápidamente" (8). Y es que, siendo su filosofía una teoría de las crisis históricas, no puede por menos de concluir en un formulario de pesimismos.

En esa reducción a la perspectiva racista de la historia universal no transige con nadie. Ni el lugar, en lo cual refuta expresamente la tesis expuesta por Carus (9) sobre que la proximidad de un río navegable y fertilizador o de una montaña rica en metales conducirá a traer un grupo humano desde la barbarie hasta la civilización; ni la religión, pues que él, legitimista por relaciones familiares, y hermano de una monja, no tiene reparo en sostener que el Cristianismo es indiferente hasta el punto de que ni crea ni transforma una aptitud para la civilización, que depende exclusivamente de la sangre.

Una nota interesante señala la originalidad de Gobineau en lo que toca a las relaciones entre raza y civilización. En tanto que para Chamberlain y los ulteriores una raza es fuerte en la medida en que es pura, y todas las razas no contaminadas, sean las que fueren, están llamadas al poderío y dominio (10). Gobineau cree en una diferencia radical y permanente entre ellas, estimando nacidas a unas para el mando—la aria—y las

demás para la obediencia. Más que en la mistificación con otras, la suerte de una raza está en sus aptitudes propias; en mayor grado que nadie la estricta biología reina sin contradicción en el sistema de este conde francés de estirpe nórdica.

Vistas así las cosas, la enseñanza que puede pretenderse como meta de la inquisición en que largamente se engolfa es averiguar cuál sea esa gente dilecta de los dioses que "a priori" nació con condiciones de nativa superioridad. Tres son las razas que separa: la negra, la amarilla y la blanca. La negra queda en el peldaño más humilde y bajo de la escala; no abandona del todo las características de los brutos, ni jamás podrá llegar a elevados círculos intelectuales; mediocre en la inteligencia, es potente en el deseo y en los sentidos animales del gusto y del olfato; tan semejante a ellos, que lo mismo oscila en el turbión más desenfrenado de las incitaciones emotivas que se abandona de buena gana al destino, aguardando la muerte con monstruosa impasibilidad. La raza amarilla es su antítesis; mientras los negros proyectan el cráneo hacia detrás, los amarillos lo inclinan hacia adelante, concluyendo en un mentón y una nariz carente de los salientes groseros de

los negros; débiles en deseos, con una voluntad más obstinada que extremista que les empuja a los placeres materiales y tranquilos; en todo tendencias a la mediocridad, amor a lo útil con preferencia a lo brillante, respeto a las normas externas, gran sentido práctico de la vida; sin sueños, sin teorías seductoras, desprovistos del afán por la invención, se limitan a desear vivir lo más dulce y cómodamente que les sea posible; incapaces de prestar a una sociedad el nervio de la acción, son la pequeña burguesía que todo civilizador desearía elegir por base de la suya para asegurar la pervivencia de las instituciones que moldea. La raza superior es la blanca, integrada por hombres de reflexiva energía, jamás abandonada al azaroso afán de los impulsos, antes regida firmemente por una voluntad enérgica; con un sentido de lo útil menos estrecho que el de los amarillos, porque se abre a utilidades ideales y elevadas; una perseverancia que se redobla en lugar de ceder ante los obstáculos; una gran potencia física, un extraordinario instinto del orden y a la par un gusto pronunciado por la libertad, incluso la más extrema, que les sitúa, tanto contra la ordenación formalista a cuya sombra vegetan gustosos los chinos, cuanto en

abierta hostilidad al despotismo altanero que padecen los africanos.

La mezcla de las razas no es en sí un mal, pues permite mejorar los tipos o lograr conquistas nuevas; así el arte, a cuyo secreto eran ajenas las tres razas en estado de pureza, nace de la que resulta mezclando negros y blancos; así también la unión de negros y amarillos ha producido unos hombres más inteligentes que sus padres: los malayos.

Pero la superioridad que forja la Historia era un secreto don de la raza blanca; mejor dicho, de las "plus belles des tribus blanches" (11), esto es, de los arios; las cuales, si el estado ideal de separación hubiera podido mantenerse, poseerían permanentemente las palancas de la vida, mientras que las otras hubieran quedado reducidas al papel de servidores *(et les variétés jaunes et noires auraint rampé eternellement aux pieds des moundres nations de cette race)*. No se logró tal situación de separación perfecta, y de los jirones de la raza blanca han ido elaborando negros y amarillos sus posibilidades vitales a través de tipos nuevos, consecuencia de uniones sucesivas. Esa confusión de uniones, en las que poco a poco va diluyéndose hasta desaparecer el cúmulo de perfecciones connatu-

rales a los blancos, es el gran peligro contra el que Gobineau pone en guardia a la Humanidad aria; su libro es un grito de alerta contra la Babel de sangres, que conduce fatalmente a la impotencia y a la ruina de las sociedades al privarlas de su motor histórico, del nervio de los hechos, de las gentes que hacen la historia: de los blancos.

Porque para Gobineau ésta es la enseñanza de la historia: "Ella nos demuestra que toda civilización deriva de la raza blanca, que ninguna cultura puede existir sin el concurso de esa raza, y que una sociedad es grande y brillante en la medida que conserve mayor tiempo el noble grupo que la creó y en que este grupo pertenezca al plantel más ilustre de la especie" (12). La historia lo demuestra con claridad meridiana, y Gobineau va a llevarnos a la historia para probar, con los hechos en la mano, en un positivismo tal vez inconsciente pero absolutamente cierto, que toda civilización se rige por las siguientes reglas: *a)*, es creada por gentes de raza blanca; *b)*, se mantiene mientras es posible conservar la limpieza de sangre de los fundadores; *c)*, decae y muere apenas el grupo que la creó se mezcla con los sujetos que cooperaron a forjarla.

Del centro de las planicies de Asia vino la raza civilizadora; de ahí el devoto amor con que Gobineau contemplaba, secretario de la Legación de Francia en Persia, el viejo hogar de donde partieron los que dieron vida a todas las grandes empresas conocidas. La filosofía de la decadencia en que transformó de antemano la filosofía de la historia, va a concluir, en su planteamiento concreto, por una narración de las migraciones de la raza blanca por el Globo, partiendo de las estepas maternales del centro de Asia.

El resto de la obra se reducirá a desarrollar, con los datos al canto, esa manera de interpretar los acontecimientos; para lo cual Gobineau traza una clasificación de las civilizaciones habidas en el mundo, con intentos de probar que todas fueron iniciadas o totalmente debidas a la raza superior blanca. Tales civilizaciones son diez, a saber:

1. La civilización india, localizada en la península indostánica. Su hogar estuvo en una rama de la nación blanca de los arios.

2. Los egipcios, a cuyo alrededor se sitúan los etíopes, los nubios y los pequeños pueblos habitantes al oeste del oasis de Ammon. "Una colonia aria procedente de la India—escribe audazmente Gobineau—estable-

cida en la parte alta del valle del Nilo, creó esta sociedad".

3. Los asirios, a quienes hacen referencia los judíos, fenicios, lidios y cartagineses, deben su inteligencia social a las grandes invasiones blancas que pudiéramos ligar a los nombres de Sem y Cam. Por lo que respecta a los zoroástridas que ocuparan el Asia anterior bajo los nombres de medos, persas y bactrianos, son una raza de la familia aria.

4. Los griegos son arios. Ulteriormente modificados por ingerencias semíticas.

5. Con China sucede algo análogo al caso egipcio. Una colonia aria, venida de la India, le aportó los primeros principios de vida social, pero, a diferencia de Egipto, sin mezclarse con las gentes amarillas y malayas, amén de recibir por el Noroeste constantes refuerzos en nuevas oleadas de elementos blancos, bien que ya no procedentes de la India ni de familia indostánica.

6. La primitiva civilización itálica, de donde surgió más tarde el genio de Roma, fué un conjunto abigarrado de celtas, iberos, arios y semitas.

7. Las razas germánicas que en el siglo v transformaron Occidente, dando lugar al mundo actual, son arias.

8. La civilización de los montes Alleganys, análoga a las melanesias, pero en la que los elementos blancos debieron abastecer las principales partes de la fábrica social (13), venidos probablemente por la vía islando-groenlandesa (14).

9. Los mejicanos, de quienes pudiera repetirse lo dicho de la anterior; y

10. Los peruanos, también civilizados por un hombre blanco, según dudosa tradición que Gobineau tiene por incontestable (15).

La conclusión final es que todas se deben a la gente aria, bien directamente, como la India, Egipto, Grecia, China, Italia y moderna; bien con base semítica, que florece en un renacimiento ario, como Asiria; bien debiendo a los arios sólo el impulso animador de la vida política, como en las tres americanas. Pero todo sobre el pivote de la raza blanca. "En las diez civilizaciones—concluye—, ni una raza melanésica juega el papel iniciador. Los mestizos sólo alcanzan a ser iniciados. Asimismo, nada de civilizaciones espontáneas entre las naciones amarillas, y estancamiento cuando la sangre aria se ha agotado (16).

Las palabras entrecomilladas pudieran resumir toda su tesis, lo que le enseñó el estu-

dio de la historia universal desde el ángulo visual de las caídas sociales. El devenir humano, todas las conquistas de la cultura, son hijas de la raza blanca, y especialmente de la rama superselecta de los arios; donde y cuando esta gente se mezcla con las otras, pierde su pureza y da nacimiento a mestizajes, la cultura muere irremisiblemente.

La consecuencia viva está en la necesidad de mantener en pie la bandera del apartamiento racial, en trasladar al plano filosófico-político las viejas limpiezas de sangre de los Estados monárquicos prerrevolucionarios. La ética de Gobineau se tiñe de consecuencias políticas en cuanto es una moral aristocrática, de elegidos, parienta de la moral de señores de Federico Nietzsche.

Hay que evitar que la raza blanca desaparezca y se contamine, porque su fin es el de las bellas empresas de que fué capaz la especie humana. Defensa de los elegidos, podría ser su lema. Porque lo trágico, lo que acaba de poner un treno de elegía en este libro, ya de por sí labrado sobre los pilares pesimistas de las decadenecias milenarias, es su conclusión de que la raza blanca desaparece por momentos, de que cuando fué pura creó una edad divina de dioses olímpicos; cuando poco

mezclada, una época heroica de genialidades señeras, y, a la medida que la mezcla aumenta, un siglo de seres vulgares, tanto más cuanto crece diariamente la confusión de los himens heterogéneos (17).

Pobre y todo, ceñida a datos errados que a veces, en lo que afecta, por ejemplo, a ciertos problemas españoles, tiene notas de curioso apuntamiento (18), la aportación de Gobineau a la marcha lógica de las teorías racistas tiene un valor primerísimo, porque nos da un intento de explicar la historia universal a tenor de esos criterios y conduce a una filosofía de la historia que, tendenciosa incluso, va a ser sin embargo la clave de todas las aportaciones posteriores. Por ser el primer pensador que hizo de la historia una secuela de la biología y de la sangre, Gobineau quedará para siempre por apóstol máximo de la filosofía racista.

Pero cabe preguntarse si es la suya una obra científica. Siempre quedará la duda de si sería mejor calificarla, como lo hace Gigli, de un poema ingenioso y alegórico (19).

1.—"Die Verschiedenheit des Raçen... hat in Europa—das kleine Volk der Juden ausgenommen—alle Bedeutung verloren", se lee a la página 139 del libro *Da*

Einfluss der herrschenden Ideen des 19. Jahrhunderts auf den Staat. Vom Verfasser selbst aus dem ungarischen übersetzt. Leipzig, F. A. Brockhaus, 1854; 448 páginas.

2.—Lo cuenta él mismo en su *Histoire d'Ottar Jarl, pirate norvegien, conquerant du pays de Bray, en Normandie, et de sa descendance.* París, Didier, 1879.

3.—*Les religions et les philosophies dans l'Asie centrale.* París, Didier, 1865.

4.—*Les religions*, citada, 5.

5.—*Histoire des perses d'aprés les manuscrits orientaux inédits, les monuments figurés, les médailles, les pierres gravées, etc.* París, Henri Plon, 1869. Dos tomos. Cita al II, 637.

6.—*Essai sur l'inégalité des races humaines.* París, Didot, I (1853), págs. IX-X.

7.—*Essai*, I, 39.

8.—*Essai*, I, 52.

9.—Carus; op. cit., 96.

10.—Como se verá más adelante, para Chamberlain el secreto del poder peligroso con que el judaísmo amenaza a la civilización occidental del siglo XIX es que se trata de una raza pura frente al caos de pueblos cristianos, nacidos de mescolanzas de estirpes diferentes.

11.—*Essai*, I, 355

12.—*Essai*, I, 359

13.—Es curiosa esta manera alegre de hacer historia. Vide *Essai*, IV, 282 y sss.

14.—*Essai*, IV, 285.

15.—*Essai*, IV, 283.

16.—*Essai*, I, 365.

17.—*Essai*, IV, 353.

18.—Así, en el *Essai*, IV, 298, dice que la América española está contaminada, aparte el frecuente mestizaje, por la procedencia semítica de la mayor parte de los conquistadores, en cuanto eran "hijos de Andalucía", salvo el caso chileno, cuyos conquistadores provenían del norte de España, tierra de raza más pura; lo que repercute—añade Gobineau—en la mayor estabilidad política de que goza Chile con preferencia a las Repúblicas vecinas.

De la seriedad de estas interpretaciones históricas puede juzgar por sí mismo el lector.

19.—Lorenzo Gigli: *Vita di Gobineau*. Milano, Valentino Bompiani, 1933; pág. 116.

En el mismo sentido Robert Dreyfus: *La vie et les prophéties du comte de Gobineau*. Paris, Cahiers de la Quinzaine, 1902; pág. 39.

LA ESTELA DE GOBINEAU

La doctrina de Gobineau dió sus mejores frutos en el bien abonado barbecho alemán, fecundado con los fertilizantes combinados de una tremenda ambición de inexaustivo imperialismo y con un florecimiento de opiniones que apenas si encuentra parigual en los momentos cumbres del pensar helénico. No importa que los primeros expositores, como Augusto Federico Pott, hicieran crítica del comentario, intentando templar el rigor extremo del pensar gobinoniano con la tesis de Herder sobre la importancia de los factores climatológicos, para terminar dando análogo papel al clima y a la raza (1). Bien pronto fué sobrepasada la actitud recelosa, al fin y al cabo producto de una mentalidad quisquillosa de erudito, del profesor de Halle, y las ideas del

conde francés se unen a la corriente poderosa de los estudios indoarianos para constituir casi un lugar preceptivo en la formación cultural del primer "Reich".

La historia del racismo ario está íntimamente ligada a la de los conocimientos sobre la India, abiertos por el magistrado inglés en Calcuta sir William Jones al traducir el *Sakuntalá* en 1786, continuada por Federico von Schlegel al publicar su *Sobre la lengua y sabiduría de los indios* en 1808 (2), por la escuela francesa de los Chezy y los Burnouf y en la estricta filología por Franz Bopp, autor de una celebérrima gramática comparada de donde arrancan todos los estudios lingüísticos sobre la India (3). Es en esta rama cada día más fértil de los conocimientos humanos donde irá a tomar fuerzas la seudomística aspiración del mito nórdico.

La vía principal de la difusión de las tesis gobinianas está ligada al círculo wagneriano. Él propio conde francés intimó muy mucho con el gran músico, y las *Bayreuther Blätter (Hojas de Bayreuth)*, editadas por éste, llevaron hasta los últimos rincones del mundo cultural alemán noticias de unas doctrinas que tanto rimaban con la "música viril" del hombre soñador de traer a un pentagrama

toda la legendaria heroicidad de unos divinizados antepasados.

Muy pronto vendrá Teodoro Pösche (4) a tratar de señalar biológicamente, en alas del positivismo entonces avasallador, las características propias del ario, teniendo por tal al hombre alto, de cabellos rubios y ojos azules; con la particularidad de que apuntaba a los lituanos por los más pefectos de todos, y, aunque braquicéfalos, restos directos del grupo original.

La más importante consecuencia la tiene el reflejo en la producción filosófica de Federico Nietzsche, también propulsor de una moral de señores frente a una moral de esclavos, deificador del orgullo y exaltador de una tónica muy alemana de la vida, pese a las palabras que escribiera sobre su propio pueblo. Hay un pasaje muy curioso en las *Hojas de Bayreuth* (5) en el que aparece pintada, con tonos de aguafuerte, la conexión entre ambos a través de la escena del conocimiento entre Wagner y el conde francés. Antes de ella parece que Gobineau, por su parte, conocía y admiraba la obra wagneriana, en tanto que el alemán ignoraba la originalidad de su interlocutor; el momento de la revelación—y de la coincidencia—fué afirmar Gobineau, en

el curso de la conversación, que Cervantes había cometido una mala acción al dejar que nuestro Don Quijote fuera apaleado como un vil esclavo, porque con ello caía por tierra la moral del caballero, moral de dominio, moral de señores. Texto que bien pudiera firmar el propio Nietzsche dándolo como revelación del gran mago Zaratustra, aquel que divinizaba en filosofía, y que era el mismo que Gobineau ensalzara históricamente como alma del admirado pueblo persa.

Los wagnerianos y nietzschianos fueron entusiastas propagandistas de las teorías de Gobineau. Así el Príncipe Felipe de Eulenburg publicó, bajo el seudónimo de "Philipp von Hertefeld", en las *Bayreuther Blätter* de noviembre-diciembre de 1882, sus personales recuerdos gobinianos; y a él y al círculo que capitaneaba el apasionado wagneriano Ludwig Schemann se debe la fundación de la *Gobineau Vereinigung* en 1894.

1.—Aug. Friedr. Pott: *Die Ungliechheit menschlicher Rassen hauptsächlich vom sprachwissenschaftlichen Standpunkte, unter besonderer Berücksichtigung von des Grafen von Gobineau gleichnamigen Werke. Mit einem Ueberblicke über die Sprachverhältnisse der Völker. Ein ethnologischer Versuch.* Lemgo & Detmold. Meyer. 1856. Especialmente pág. 48.

2.—Friedrich von Schlegel: *Über die Sprache und Weisheit der Indier. Ein Beitrag zur Begründung der Altertumskunde*. Heidelberg, Mohr und Zimmer, 1808.

3.—Su título completo es *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Send (d. h. Alt-Iranischen), Armenischen, Griechischen, Lateinischen, Lituanischen, Altslavischen, Gotischen und Deustchen*. Bopp profesó en Berlín desde 1835, publicando muchas obras más, entre otras, el célebre *Glossarium sanscriticum* y el *Ausführliches Lehrgebäude der Sanskrita-Sprache*.

4.—En su *Die Arier*, Jena, 1978.

5.—Tomo V, pág. 11. Citado por Robert Dreyfus: *La vie*, 25.

EL EVOLUCIONISMO

Un apoyo inesperado había de venir de Inglaterra con la ley de la selección natural de las especies, que puso de moda Carlos R. Darwin. La ley de la evolución aplica a las razas humanas el sentido naturalista de la vida, ya que al colocar a hombres y animales bajo el mismo prisma científico, recoge la tendencia naturalista de la variabilidad de las formas biológicas, ya implícita en los escritos de John Ray y muy conforme con la tónica positivista imperante en el siglo XIX. "Apliquemos desde luego estos principios, admitidos generalmente, para las razas humanas, considerándolas desde el mismo punto de vista con que lo haría un naturalista con respecto á un animal cualquiera" (1). La lucha por la existencia es la madre de la selección, y la

lucha por la existencia implica el sentido de lo pasajero que acabamos de indicar. Darwin aporta a la teoría racista la base científica para una consideración biológica de los problemas con ella relacionados.

La aplicación práctica de los descubrimientos darwinianos y de las hipótesis evolucionistas se debe a otro inglés, primo suyo: Francis Galton, que en su escrito *El genio hereditario* llega a la conclusión de que en lo sucesivo está en nuestras manos mejorar las condiciones de la descendencia mediante una acertada selección, haciendo consciente y razonadamente lo que a ciegas viene verificándose en la Naturaleza (2).

1.—*El origen del hombre. La selección natural y la sexual.* Trad. de A. López White. Valencia. Sempere, s. d.: página 194.

2.—*Hereditary genius.* 1869.

LA PERSPECTIVA DECIMONONICA DESDE EL PUNTO DE VISTA RACISTA DE CHAMBERLAIN

Lo que Gobineau realiza desde una perspectiva histórica, con la amplia y al par superficial visión del viajero diplomático, va a ser traído a la realidad del siglo XIX y puesto en relación con la situación de la época por la pluma magistral de Houston Stewart Chamberlain. Su libro *Los fundamentos del siglo XIX* (1899) es el más acabado análisis que desde el punto de vista del racismo ario cabe hacer en la última centuria.

Chamberlain no discute los fundamentos filosóficos de la superioridad racial de esta rama nórdica, ni tampoco intenta demostrarla con argumentos sacados de la historia. Lo primero era inútil para cualquier pensa-

dor que, como él, no sepa exceder a los linderos del positivismo, ni crea quepa otra metafísica que la que arranca del hecho particular o del acontecer en el tiempo. Lo segundo aparece innecesario en quien acepte como verdad inconcusa las demostraciones y juicios de Gobineau, si es que no quiere repetirlos con otras palabras.

Lo que le interesa es analizar la realidad histórica con los criterios de la técnica de Gobineau. Es una filosofía de la historia que parte de la filosofía de la historia del conde francés, no para criticarla, sino para estrujarla hasta sacar las últimas extremas consecuencias.

Su originalidad estriba en ver esas teorías con el color del cristal del hombre de su tiempo. Cuando Chamberlain habla, sus palabras son eco de su raza y de su hora; es la opinión del intelectual medio. El mismo busca deliberadamente dar a su grande obra el carácter de producto de una mentalidad "standard", en lugar de hijo de una mente tan recia y cultivada cual la suya era. "El carácter de este libro—dice ya en la primera página—está determinado por la circunstancia de que su autor no es un erudito" (1). Y más adelante, remachando: "No me he meti-

do en estos temas como erudito, sino como hijo del presente, que quiere aprender a conocer este presente vivo" (2).

Como hijo del presente, esa es su originalidad. La de buscar qué valor tenía para un alemán, o ario, en términos más amplios, aunque Chamberlain hubiera de buena gana confundido a ambos, la tesis de la superioridad de los hombres nórdicos y la creencia de que ellos son los auténticos y universales caudillos en todos los aspectos de la historia universal.

Por eso su preocupación es averiguar cuáles son los pilares en que se cimenta la civilización décimonónica, la suya. No quiere hacer historia, sino saber qué dice esa historia para la hora actual. La historia misma no es, a su entender, una repetición de sucedidos, una narración del pasado, una "Geschichte der Vergangenheit", sino el pasado mismo en cuanto no ha muerto todavía, en cuanto tiene actualidad para hoy (3).

Tres son los elementos del mundo antiguo de que halla huellas en ese siglo: Grecia, Roma y Judea, cuyas aportaciones constituyen la herencia de las edades viejas *(das Erbe der alten Welt)*.

Grecia da una cultura artística, en la que

todo se apoya sobre fundamentos estéticos: la libre actividad creadora de la fantasía humana es la base de la lengua de Homero, de las teogonías de Hesiodo, de la filosofía de Platón, de la ciencia pitagórica y de las aventuras de Piteas; por algo el punto de partida son la *Ilíada* y la *Odisea*, obras poéticas y. por ende, intuitivas, de corazón más que de razón, elevadas, de bella forma que clava las ideas en el alfiler de una frase feliz y bien sonante. La herencia de Grecia es la libre conciencia que hace el arte.

Roma elabora una cultura política, férrea en sus ligaduras, recia en sus fórmulas, rigurosa en sus ordenaciones. Roma recuerda el orden y no en vano Chamberlain encabeza el estudio del legado latino con inmortales frases goethianas: "Von Jugend auf ist mir Anarchie verdriesslicher gewesen als der Tod" (Desde niño me causó mayor disgusto la anarquía que la muerte). Un orden que a veces destruye, pero que siempre levanta algo nuevo, homogéneo y coherente, como un muro de fortaleza en cuya mitad asoman fragmentos de cariátides y piedras sagradas de sacrificio. El puño de Julio César, el más político de todos los generales que jamás ha habido, le entusiasma casi tanto como años

después a nuestro Ortega y Gasset; porque el sistema que con él llega a la cumbre, preparado por la constitución de patricios y plebeyos y continuado por las cohortes cesáreas, es un sistema que respeta la personalidad, abriendo a cada yo las puertas de la vida. Como lema del poder romano rechaza Chamberlain la apetencia de sumisión y dominios, para sustituirla por la interpretación agustiniana del dilema clásico: *aut fortiter emori, aut liberos vivere* (o morir bravamente o vivir libres); con lo que el poder romano se moraliza y justifica en cuanto sirve a la idea —nórdica—de la libre determinación humana. El legado de Roma, su derecho, está transido de esta idea central, no de un apetito de conquista. Lo que Roma deja para siempre es un sistema, trabado y recio, firme con dureza superior a la de los despotismos orientales, e infinitamente mejor que todos los conocidos, porque es un orden al servicio del yo. Con esa herencia los romanos hicieron a Europa; si se salvó el sentido europeo de la vida evitando que Occidente fuese una secuela del "caos" asiático, es porque Roma talló a golpes de espada esta nueva visión de la existencia, dándonos un Estado ordena-

do y un derecho privado equitativo que nos donó nuestra conciencia de europeos.

La aportación de Judea es una negación del espíritu de Judea: Cristo. Contra la visión del mundo en que todo lo hacía Dios, hasta el punto de que la mejor postura para el hombre era dormirse en brazos de la divinidad, Cristo trae algo más que un otro sentido de la vida; representa una nueva clase de hombres, pura, limpia, sin contacto con el pasado. Todas las formas anteriormente aparecidas eran mera mescolanza de ingredientes antiguos; el Cristianismo, por el contrario, era una forma absolutamente nueva. Por eso no admite contemporizaciones ni transigencias; su fundador no trae la paz, sino la espada. Así descubre una tónica ética basada en la responsabilidad de cada hombre frente al solo Dios. Como Homero creó los dioses superando las formas estéticas de la Naturaleza, el Cristianismo labra una moral contra la tiranía de los impulsos naturales. "Con lo cual Cristo significa la aurora de un nuevo día; ganando para la vieja Humanidad una nueva juventud, será asimismo el dios de los juveniles y lozanos indoeuropeos, y bajo el signo de la Cruz se levantará lentamente una nueva cultura sobre

los escombros de la antigüedad" (4). Frente a la vieja concepción israelítica por la que la voluntad del hombre desaparecía en la de Dios, ya el ser racional no será un esclavo, sino un hijo; serán relaciones de amor, no de temor; las relaciones entre el Creador y la criatura vendrán al estilo puramente religioso, a diferencia de la politización que domina—contrato entre Yahué y su pueblo—el Viejo Testamento. Por lo cual, aunque inmersa en el mundo judaico y apoyándose en las Escrituras, la doctrina cristiana era radical novedad, cercana a la libertad de los germanos.

Tal era la herencia, según la mira Chamberlain. Veamos ahora lo que opina de los herederos, los germanos. Chamberlain usa la palabra en un sentido amplio, comprensivo de éstos, los celtas y los eslavos, o sea de aquellos pueblos de que proviene la actual Europa (5).

La aparición de esos pueblos en escena tiene lugar en el marco de una mezcla racial, de una Babel de estirpes, de un "Völkerchaos" que se inicia con César y culmina en las reformas de Caracalla (6); reformas que dividen a Europa en dos partes: una, nórdica, de razas puras, y otra al sur de la frontera

romana, de gentes mezcladas y confusas. Estas reformas de Caracalla, constatando y aun favoreciendo el desorden racial, hubieran aniquilado la obra de Grecia y Roma si no la salvaran gentes de sangre pura, hermanos de los que la realizaron, hombres cuya aparente barbarie escondía el tesoro de la limpieza biológica; tal es el papel de los germanos, que evitaron vinieran a caer en el vacío las conquistas del espíritu mediterráneo, conquistas logradas cuando éste anidaba en no manchados del pecado físico del enturbiamiento de las estirpes.

La obra germana se consuma en la Reforma del siglo XVI. Chamberlain ve allí la coronación del proceso salvador y encuentra en la repugnancia instintiva de los eslavo-germanos contra Roma la prueba patente de su pureza; porque la revuelta luterana excede a las disputas teológicas para significar un grito de rebeldía contra el yugo extraño, la libertad frente al aherrojamiento *(Unfreiheit)* (7). La entrada de los germanos en la historia no tiene fecha fija, antes es un ciclo que comienza cuando en el siglo V los invasores se reparten la herencia latina para solucionar el caos racial y concluye en la supre-

ma liberación del yugo papal, herencia postrera de la vieja autoridad romana.

La historia entera de Occidente, desde el siglo v a nuestros días, es una lucha a muerte entre el sentido germánico *(germanische Gesinnung)* y la concepción antigermánica de la vida. Es imposible seguir detalladamente a Chamberlain en los dos capítulos VII y VIII (8) de su obra, cuando detalla toda la historia occidental de los siglos v al XII como una polémica entre el universalismo que acepta la fusión de razas (sentido antigermánico) y el germanismo de las naciones puras. Paulinismo y agustinianismo, mitología aria y creencias cristianas, Norte y Este, contiendas entre Papado e Imperio, Cristiandad y nacionalismos, Estado e Iglesia, todo aparece explicado por un "instinto racial" que se extiende hasta las reyertas teológicas, al libre albedrío, al temor ante el diablo y las penas del infierno, a la apreciación del bien y del mal (9). Sí es curioso señalar entre tantas interpretaciones y por lo que en cuanto españoles nos toca, que la reacción máxima contra la tendencia germánica está representada por San Ignacio de Loyola, suprema encarnación del antigermanismo, y esto en razón de su pureza de sangre vasca, estirpe

"no solamente no germana, sino carente del más remoto parentesco con todas las indogermánicas" (10); para Chamberlain, imbuído de toda la ideología enemiga del germanismo, manifestada en el simplicismo de los conceptos ignacianos enteramente materiales, como las llamas del infierno (11), en el temor constante ante el castigo (12), en la desnacionalización universalista que imprimiera a su orden (13), en imponer la religión a sangre y fuego (14), etc., etc.

El germanismo recogió lo mejor de la herencia antigua: arte griego, orden romano, libertad cristiana, salvándolo del falseamiento anejo a la corrupción de razas. Y a partir del 1200, fecha crucial de la historia, nace un nuevo mundo germánico, fundamento del siglo XIX. Un nuevo mundo cuyo bautismo sellan el movimiento político-comercial de las *cittá* italianas, la Hansa alemana, la *Carta magna* inglesa, la desaparición de la esclavitud en Europa (15), las primeras fábricas de papel, las reformas religiosas de San Francisco de Asís, el comienzo de la ciencia independiente con Rogerio Bacon y Alberto Magno, las grandes construcciones filosóficas de Santo Tomás y Duns Scoto, hasta la poesía de Dante. Un largo capítulo de cerca de qui-

nientas páginas (16) contiene la descripción de ese mundo como obra del genio germano en los descubrimientos científicos desde Marco Polo a Galvani; en la Ciencia misma, desde Rogerio Bacon a Lavoisier; en la Industria, desde la introducción del papel hasta la máquina a vapor de Watt; en la Economía, desde el comercio de las repúblicas italianas a Roberto Owen, fundador de la cooperación; en la Política, desde la *Carta Magna* a Lutero y la Revolución Francesa; en la Religión y la Filosofía, desde San Francisco de Asís al idealismo kantiano; y en el Arte, desde la paleta de Giotto al *Faust* de Goethe. Lema de todo él pudieran ser las siguientes palabras, que por sí encierran al libro entero: "todo germano importante es "virtualiter" el punto de partida de una nueva estirpe, de un nuevo dialecto, de una nueva concepción del mundo" *(Ich möchte die Behauptung aufstellen: jeder bedeutende Germane ist virtualiter der Anfangspunkt eines neuen Stammes, eines neuen Dialektes, einer neuen Weltanschauung)* (17).

Tales son los fundamentos del siglo XIX: una cultura labrada por mano germánica, la europea de los siglos XIII al XVIII, elaborada contra enemigos raciales. Las consecuen-

cias son la necesidad de una defensa contra el más potente de esos enemigos, el judaísmo, que a principios del siglo XIX hace su entrada en la Historia como el mayor peligro hasta entonces conocido. Cuando el 26 de julio de 1806 el rabí Salomón Lipmann-Cerfberr, en un sinedrín convocado bajo los auspicios de Napoleón incitaba a los judíos a no ser ya más alemanes o portugueses sino a formar un solo pueblo, se inició una penetración hebrea en Occidente, en la que el predominio de los semitas, mantenidos pura raza a lo largo de los siglos, va a ir domeñando paulatinamente a las razas mezcladas de Europa y América. El meollo del libro de Chamberlain, la consecuencia inmediata para el hombre de su hora, es la necesidad de enfrentar a esta raza sin mezcla otra raza sin mezcla también; si la historia de Europa era la lucha entre el sentido germánico de la vida y sus opuestos, ante este peligro, el mayor conocido, la reacción germana debe ser consciente, dura e inmediata de querer salvar todavía las esencias de nuestra civilización (18). A este respecto, Chamberlain se preocupa de aquilatar claramente qué es un judío, y hace de la raza el eje de la evolución de los sucesos históricos.

Así se llega al meollo del libro, a la teoría racista en que se fundamenta. Tomando por asidero un juicio de Jean Paul, según el cual sólo a través de los hombres entra el hombre a la luz del día de la vida *(nur durch den Menschen tritt der Mensch in das Tageslicht des Lebens ein)*, cree que el grado de las manifestaciones humanas pende de los impulsos instintivos que su biología supone; es decir, de su raza. Y tomando por ejemplo el caos popular del Bajo Imperio romano, concluye por dar a las peculiaridades raciales una importancia que excede a los límites de la física y de la historia para afincarse en los del espíritu y de la moral (19). La fortaleza del judaísmo está en haber divinizado este valor de la raza como palanca suprema de la vida; en haber reconocido el poder histórico de la limpieza de sangre (20). En tanto que los pueblos europeos se dejaron corromper hasta el punto de ser hoy poco menos que imposible dar con tipos intactos en Europa entera, incluso en Alemania (21), los judíos han mantenido en este apartamiento la vela de las armas con que dominar al mundo.

A este peligro se opone una defensa; a la sangre judía, la germánica. Las páginas de

la historia habrán de llenarse en un futuro próximo de los incidentes de esta lucha.

Un análisis de los principios que rigen la formación y desarrollo histórico de las razas pudiera servir de colofón. Talen son cinco: *a)*, la cualidad del material humano; *b)*, la manera de aparearse *(Inzucht)* con las gentes hermanas y consanguíneas; *c)*, los criterios de selección *(Zuchtwahl)*; *d)*, la forzosidad de la mezcla de sangres, y *e)*, la necesidad de que esa mezcla sea depurada y reglada en los sujetos y en el tiempo.

Estas leyes tienen un color de zoología que es el último sentido de Chamberlain. Por lo demás, coincidente con Gobineau en el resto de las apreciaciones hasta en las observaciones de detalle (22). Su originalidad está en haber traído al siglo XIX. a los candentes problemas de su hora, las visiones históricas del conde francés. Lo que en éste es doctrina fría, en Chamberlain es cuestión palpitante; hace historia, pero con los pies anclados en la realidad ambiente. De ahí el éxito de su libro: es la teoría racista de un hombre de la calle, de un hombre de su tiempo; la teoría racista del alemán de la época del segundo "Reich".

1.—Houston Stewart Chamberlain: *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts.* 28 edición. München, F. Bruckmann, 1942; pág. XI.
2.—*Die Grundlagen,* 17.
3.—*Die Grundlagen,* 3-4.
4.—*Die Grundlagen,* 245.
5.—Especialmente, pág. 304; también 352 y siguientes.
6—*Die Grundlagen,* 351.
7.—*Die Grundlagen,* 566.
8.—*Die Grundlagen,* 635-820.
9.—Por ejemplo, 742 y siguientes.
10.—*Die Grundlagen,* 618.
11.—*Die Grundlagen,* 620.
12.—*Die Grundlagen,* 626.
13.—*Die Grundlagen,* 794.
14.—*Die Grundlagen,* 831.
15.—"Mit Ausnahme von Spanien" (con excepción de España), tiene el cuidado de anotar en la página 12.
16.—823-1.197.
17.—*Die Grundlagen,* 836.
18.—"Nunca, ni en los tiempos alejandrinos, ha llegado a ser tan brillante la suerte de los judíos como lo es hoy", escribe en la página 262.
19.—He aquí sus propias palabras: "Aus dieser Betrachtung des römischen Völkerchaos ersehen wir nämlich, dass Rasse—und die die Rassenbildung ermöglichende Nation — nicht allein eine physischgeistige, sondern auch eine moralische Bedeutung besitzt" (página 367).
20.—*Die Grundlagen,* 302.
21.—*Die Grundlagen,* 330-331.
22.—Así, por ejemplo, le sigue en la estimación de Chile como el país más adelantado de América, a causa de tener un porcentaje de un tercio de sangre blanca pura, al revés del Perú, cuyo decaimiento es fruto de la multitud de mestizos, cholos y demás combinaciones (pág. 338).

EL POSITIVISMO

Fomentando la tesis racista, o, mejor, allanándole el camino, hay toda una escuela filosófica que en el siglo XIX va a investigar los problemas humanos teniendo en cuenta las diferencias entre las ramas de la especie hombre; es el positivismo, cuyas perspectivas filosóficas se acomodan tan fácilmente al punto de vista racial.

En efecto; es el positivismo la posición filosófica que sólo se atiene a los hechos, a los *donnés*, para ir sacando de ellos por el camino de la inducción tesis de validez general y leyes cuya aplicación sea más amplia que el hecho mismo. Ajustándose únicamente a los datos y prescindiendo de toda visión previa de amplitudes universales, tomando como punto de partida los hechos concretos, bien

podrá ser la raza uno de éstos en la fundamentación de una nueva filosofía de la historia. El positivismo vino a proporcionar al racismo una fundamentación filosófica y un asidero ante los ataques, porque era una filosofía que prescindía de la vieja metafísica para vivir únicamente de los planteamientos y teoremas reales.

El padre de la escuela, Augusto Comte, no incide en cuestiones raciales, pero tampoco le escapan a su aguda visión de las cosas. En la lección 52 de su *Curso de filosofía positiva,* compuesta mucho antes de que aparecieran los escritos del conde Gobineau, entre el 21 de abril y el 2 de mayo de 1840, nota ya las especialísimas aptitudes de la raza blanca para el desarrollo político, sin adentrarse en la cuestión, pero dejando abierta una pregunta a la que el propio Gobineau contestará posteriormente y en la que también se fijarán las inquisiciones de los discípulos. "¿Por qué posee la raza blanca—se plantea—de una manera tan pronunciada el privilegio efectivo del principal desarrollo social, y por qué ha sido Europa el lugar esencial de esta preponderante civilización? Este doble objeto de correlativas meditaciones ha debido estimular sin duda más de una vez la inteligente

curiosidad de los filósofos, e incluso de los hombres de Estado. Pero, cualquiera que sea el interés e importancia que evidentemente ofrece parecida investigación, es preciso tener la sabiduría de no plantearla hasta después de la primera elaboración abstracta de las leyes fundamentales del desarrollo social, sin las cuales tal cuestión sería prematuramente planteada, pese a las más ingeniosas tentativas, que en definitiva sólo podrían darnos apreciaciones parciales y aisladas, necesariamente insuficientes. Sin duda, se percibe en seguida, al primer respecto, en la organización característica de la raza blanca, y sobre todo en la del aparato cerebral, algunos gérmenes positivos de su superioridad real, aunque todavía hoy están muy lejos de coincidir los naturalistas unánimemente en este punto. Asimismo, en lo que toca a lo segundo, se pueden entrever de una manera algo más satisfactoria, diversas condiciones físicas, químicas y hasta biológicas, que ciertamente han debido influir en mayor o menor grado sobre la típica propiedad que presentan las comarcas europeas de servir hasta ahora de teatro esencial para esta evolución preponderante de la Humanidad" (1).

La tesis de Comte, mejor dicho su indica-

ción, no se ciñe estrictamente a la posición racista, pues recoge otros factores como el clima, a que ya el Barón de Montesquieu diera subrayada importancia en *El espíritu de las leyes*. Pero marca una dirección en la que progresarán los discípulos, partiendo de esta íntima relación entre los hechos físicos y los fenómenos políticos, tan de acuerdo con la filosofía positivista y en la que el propio Comte insiste muchas veces (2).

Relatar cómo la preocupación racista, en cuanto fundamento de una filosofía de la historia repercute en los escritores positivistas sería materia muy larga de contar. Despreciando muchos nombres, me limitaré a dar dos característicos: el de Paúl von Lilienfeld, que ve en el parentesco la raíz de toda coexistencia el fundamento pasado, presente y futuro: esto es, en todo tiempo, del organismo social (3); y Ludwig von Gumplowicz, que en numerosas obras pero sobre todo en *La lucha de razas*, ha buscado la explicación detallada de los sucesos históricos en una pugna entre núcleos raciales diferentes (4). Muchos otros nombres pudieran añadirse, pero, dada la monótona repetición de los corifeos de esta tendencia filosófica, los

reduciremos a estos dos en función de símbolo y representación de todos ellos.

En *El Estado* de Franz Oppenheimer la doctrina racista se enlaza al materialismo histórico de Marx, adquiriendo tonalidades económicas (5).

1.—*Cours de philosophie positive*. Segunda edición. París. Baillière, V (1864), 19-20.

2.—Por ejemplo, en el mismo *Cours* citado, IV (1864), 175 y siguientes.

3.—Paul von Lilienfeld: *Gedanken über die Socialwissenschaft der Zukunft*. Mitau, Behre. II (1875), 351, escribe que "die Blutverwandschaft ist der Ausgangspunkt und die Grundlage des realen Zusammenhange zwischen den einzelnen Theilen des socialen Organismus in Vergangenheit, Gegenwart und Zukunft".

4.—*Der Rassenkampf. Sociologische Untersuchungen*. Innsbruck, Wagner schen Univ-Buchhandlung, 1883. También en sus *Die sociologische Staatsidee*. Graz. Leuscher & Lubensky, 1892 y *Grundriss der Sociologie*. Wien. Manz, 1885.

5.—*L'Etat. Ses origines, son évolution et son avenir*. Traducción francesa de M. W. Horn. Paris, Giard, 1913.

LA DOCTRINA RACISTA AL SERVICIO DEL IMPERIALISMO: VON TREITSCHKE

El último gran influjo de Gobineau en la preguerra, contemporáneo ya de los días en que escribe Chamberlain, es el que se refleja en las obras de Enrique von Treitschke y especialmente en su *Politik* (1), que aprovechaba las ideas anteriores trayéndolas en apoyo de su tesis sobre la superioridad de los alemanes frente a los demás pueblos mediante la identificación de la actual gente tedesca con la de sangre aria, escogida por los dioses y la Naturaleza con el regalo de especiales aptitudes para el gobierno y señorío. Teoría de desenfrenado orgullo, muy propia del autor que la lanzaba.

Von Treitschke acepta el tríptico que Go-

bineau trazara de las tres razas y repite las distinciones entre amarilla, blanca y negra; pero, materializando los síntomas y buscando las distinciones, no ya desde el otero de la historia, sino desde la altura de su orgullo incomparable. Así dice que las distinciones entre ellas son naturalmente guardadas por la fuerza de los sentimientos; "un blanco no podría resistir en un cuarto cerrado en compañía de negros, porque entre las razas negra y blanca media una repugnancia corporal" *(Zwischen der schwärzen und der weissen Rasse besteht dazu ein korperlicher Ekel; der Weisse kann es zwischen Negern in einem geschlossenen Raume nicht aushälten).* La consecuencia es, no podía dejar de ser, política: entre negros y blancos no cabe idéntica idea de libertad, por gracia de nativas diferencias; en la realización de este lema político se choca con la antítesis democracia *versus* naturaleza; y las formas políticas deben ceder ante las exigencias naturales.

La Naturaleza, dictaminando la forma de ordenación humana y señalando diversas calidades raciales, es la afirmación de que los alemanes son los predestinados para regir al mundo. Los dioses les habían reservado todas las gracias, y von Treitschke se revuelve

en peligrosas lucubraciones al reconocer que los pueblos que realizaron las más grandes empresas directoras son pueblos de mescolanza, como los romanos y los ingleses (3), sin contar con que el papel directivo corresponde en Italia a los piamonteses, mezcla de sangre celta, y en la propia Alemania a los también semicélticos habitantes del Sudoeste, y en nuestros días a los eslavizados prusianos. Sin contar los argumentos, a menudo ridículos, en que basa su observaciones, tales como probar la mayor capacidad artística de los nórdicos en que cuando un latino descansa en el campo yace sobre el estómago, en tanto los nórdicos se tumban de espaldas al suelo (4); o cuando distingue en la propia Alemania a los romanizados de los germánicos puros en la manera que tienen las mujeres de llevar los bultos de carga: las romanizadas, en la cabeza; las puras, a la mano o a las espaldas, procedimiento que llama "matemáticamente seguro" *(mathematisch sicher)* (5).

Dejando a un lado las pintorescas, casi bufas a veces, afirmaciones de von Treitschke, siempre su teoría racista tendrá el mérito de incorporar la ideología racial a la tesis del imperialismo alemán, de la que nuestro autor

fué el principal teórico. Lo que fué perspectiva temporal en Gobineau, rotundeces geniales en Nietzsche y problemática actualizadora en Chamberlain, es en von Treischke pasión dialéctica y polémica dinámica; un poco periodística, superficial, discutible en su formulación, pero que cumplió a las mil maravillas el puesto que le correspondiera de dar a la máquina bélica del Kaiser la bandera de una palabra que airear a los vientos de las conquistas. Después de todo era lo menos importante y el mismo argumento quedaba por segundón e innecesario; que la fuerza era el primer móvil, y no en vano el propio von Treitschke había escrito la fórmula mejor: *Der Staat ist Macht* (El Estado es la fuerza). La fuerza, eso sí; la raza era sólo un matiz doctrinal sin importancia (6).

1.—La primera edición es de 1907. Citamos por la quinta, Leipzig, S. Hirzel, 1922.

2.—*Politik*, I, 274-275.

3.—*Politik*, I, 279.

Nosotros añadiríamos: los españoles, la raza más mezclada de la tierra.

4.—Curiosas notas en *A history of political theories recent times*. New York, 1932; pág. 525.

5.—*Politik*, I, 279.

6.—*Politik*, I, 32 y siguientes.

LA RAZA, MITO ARIO: MOELLER VAN DEN BRUCK

La transformación de la doctrina racista en mito ario concreto, distinto de las abstracciones schellingianas y mezcla de la realización actualizadora de Chamberlain con la angustia filosófica de Nietzsche, va a deberse a la pluma de otro gran loco, de Arturo Moeller van den Bruck, producto de esa clase media alemana, como ninguna sentidora de las crisis de su pueblo. Nacido en Sollingen, el 23 de abril de 1876, de una familia provinente de antiguos pastores evangélicos turingios, comienza muy pronto, a los veintiséis años, una actividad de escritor y de viajero que le llevará a recorrer Francia, Italia, Rusia, Escandinavia e Inglaterra, y a componer obras diversas, amén de inmejorables

traducciones del inglés Poe y del ruso Dostoyewsky; herido en el alma por la tragedia de Versalles, un derrumbamiento nervioso dió al traste con su vida en 1925.

La vida explica la obra y la doctrina. Moeller van den Bruck escribe en funciones de una angustia nacional. Lo que era peligro previsible en abstracto desde el ángulo visual de Gobineau y grito de inminente tragedia en Chamberlain, es dramático acuciamiento en la agobiante situación que la derrota trajo aparejada. Su doctrina de la raza va cambiando a tenor de las circunstancias: altanera y sin perfiles, primero; después, acomodada a las preocupaciones de la Alemania de Weimar, pobre y triste.

Ya con anterioridad a la guerra europea, en su *Los alemanes,* escribía que "el último fundamento humano, al que se debe referir toda la ascensión o decadencia de los hombres, es la sangre" *(Der letzte menschliche Grund, auf den wir allen Aufgang oder Untergang menschlich zurück führen mussen, ist nun einmal das Blut)* (1). La Historia es obra de los genios, y los genios nacen de la íntima raíz biológica, única portadora de valores decisivos (2); con lo que viene a confesar ser la raza la más importante entre las le-

yes de la evolución humana. Las circunstancias externas: lugar, clima, ambiente histórico, etc., son meras conformaciones exteriores sin repercusiones sobre el contenido de un pueblo; porque la esencia es una realidad anclada en la condición de la sangre (3). Hasta tal punto llega su absolutización del factor raza como clave de los sucederes, que ni siquiera la comprensión entre dos pueblos es posible cuando no son de raza igual o parecida (4).

Pero la raza juega un papel tan decisivo únicamente en el comienzo de las acciones históricas, porque, según Moeller van den Bruck, llega un punto en que los valores culturales adquieren substantividad propia; momento en el que dan de lado a su dependencia biológica, transformándose en esencias *a se* independientes de la sangre del pueblo u hombre que las encarne. Es el instante de la "libertad completa" del valor, de donde se origina una nueva perspectiva en un cambio que salta de raza a raza como de siglo a siglo y de pueblo a pueblo (5), concluyendo porque a la postre no sea la raza, ni la mezcla entre ellas, ni su mutuo acoplamiento lo decisivo para una comunidad popular, sino la unidad de cultura *(am Ende ist nicht die*

Rasse, nicht die Rassenmischung, nicht die die Rassenzusammensetzung für ein Volkstum entscheidend, sondern die Esinheit seiner Kultur). Así la raza pierde valor cuando la unidad biológica viene a ser suplantada por un lazo de coherencia espiritual; sigue siendo el asidero físico de los acontecimientos adonde referir las causas originarias, pero sin capacidad de eficacia permanente, pues van reduciendo gradualmente su importancia según la Historia toma tintes de paulatina elevación; al final, el rasgo físico cede delante del matiz espiritual. Y así Moeller van den Bruck logra sacar a la doctrina del callejón sin salida a que la redujeran las extremadas posiciones anteriores.

Esta tesis de Moeller van den Bruck va a tomar una dirección decisiva para el pensamiento alemán al enfrentarse con la gran crisis postbélica, en esa señera madurez de su pensamiento propia de los últimos años de la vida. Frente a la catástrofe látenle en las venas las viejas razones antisemitas de la Alemania décimonónica, y en la meditación del desastre busca la explicación judaica y hace de ella el soporte principal para una interpretación crítica del socialismo marxista. *El tercer imperio* es el libro que amojona el

el cambio. A su entender, Alemania cayó, no por pérdida militar de la guerra, que triunfos fueron todas sus batallas, sino por el fermento interior del marxismo. Si se perdió la guerra es preciso sacar las consecuencias para ganar la revolución; pero no una revolución a la francesa, igualitaria, liberaloide y democrática, sino una revolución a la alemana, basada en la pureza del alma popular de un pueblo que Moeller van den Bruck, en la amargura de la derrota, ve más traicionado que vencido. Esa revolución ha de comenzar eliminando las causas internas del mal, que no son otras que la ideología del pacifismo universalista de los discípulos de Marx. Camino por el que llega a la crítica de éste, contraponiéndola a la esencia alemana pura.

Ahora asoma el perfil racista de sus argumentaciones. Marx es apóstol de una ideología universalista e internacionalista, en tanto que el pueblo alemán precisa moral nacional y fe en sí mismo: "Marx—escribirá poniendo rabia en los puntos de la pluma—solamente puede ser entendido desde el ángulo visual del judaísmo" (7). No se trata de un judío por azar, sino de un hombre que llevó a las ideas el veneno mosaico y talmúdico de

su raza. Y el pecado de los pueblos europeos estuvo en que siendo, por judío, un forastero, le fué permitido mezclarse en los negocios de esos pueblos. "Como judío, era extraño en Europa, y sin embargo se mezcló en los negocios de los pueblos europeos", escribía textualmente: *(Er wär als Jude ein fremder in Europa und michte sich gleichwohl in die Angelegenheiten der europäischen Völker).*

Ante esta consideración revisará su ideología prebélica y concluirá por llegar a un racismo histórico, bien que sin caer en la seca biología, buscando la salida lógica del mito. Ni siquiera en sus postrimerías cae Moeller van den Bruck en las exageraciones materialistas, antes mantiene constantemente el perfil de una subrayada espiritualidad. La doctrina del mito corona este proceso ideológico, tal como aparece especialmente en los artículos publicados en la revista *Gewissen*, de 4, 7 y 28 de abril de 1924.

Para llegar a ella sin abandonar sus premisas mentales anteriores, distingue dos clases de raza: la de la sangre y la del espíritu, opinando que cada una de ellas se regula por leyes diferentes. Las primeras, atadas a la carne, producen al mezclarse mulatos y mes-

tizos; las segundas razas, del alma, dan pie a naciones culturales, a unidades no ceñidas al color del cabello o al tamaño del cráneo, a razas de cultura.

Así reconoce la desigualdad de las razas, pero no reduciendo la idea racial a tintes materiales. La raza física se condensa en unidades culturales, y estas unidades de cultura son los factores de la historia.

Con esta concepción la filosofía de la historia, como filosofía de las razas, se orna de un *werden* inextinguible. Devenir en que la mezcla entre ellas no aparece como un mal, sino cual un bien deseable y hacedero. Toda gran cultura, o sea toda raza espiritual, es para Moeller van den Bruck resultado de una síntesis armoniosa de razas espirituales. La misma historia alemana aparece consecuencia de una serie de procesos en que la raza originaria cambia a cada instante, para dar productos mejores en un *ewige werden*, eterno devenir que es la historia. "Fuimos germanos, somos alemanes, seremos europeos", actualiza el tema en la realidad ambiente.

Concluye aquí un proceso: el mito de una raza futura siempre a cada instante es su arma de combate y su meta lógica. Una raza

ilusionadamente buscada con la inconsciencia ilógica con que marchamos tras los mitos, la que realizará un porvenir soñado.

Mas siempre una raza espiritual, noción que no le abandonan nunca ni en los análisis de juventud ni en el mito racista-cultural del tercer "Reich". Cuando estudiaba la belleza italiana asentaba sus visiones en la disparidad con que el arte se producía respecto de la decadencia biológica (7); y en presencia de la arquitectura política prusiana el estilo de los Federicos se le antojaba no obra definitiva, mas camino para el logro de una mítica y futura raza europea (8).

Pero creó el mito la raza, como explicación mítica para los arios. Mito, que es transición de la doctrina a la idea. Rosenberg, heredero de su línea, agitará la conciencia revolucionaria de las masas alemanas.

1.—*Die Deutschen. Unsere Menschengeschichte.* Ocho tomos desde 1904 al 1910. Cita al V, 15.
2.—*Die Deutschen*, VIII, 280.
3.—*Die Deutschen*, V, 216.
4.—*Die Deutschen*, VI, 7.
5.—*Die Deutschen*, IV, 55.
6.—*Das dritte Reich*. Segunda edición. Berlín, Ring-Verlag, 1926; pág. 54.
7.—*Die italienische Schönheit*. München, 1913.
8.—*Der preussische Stil*. Segunda edición. München, 1922.

DE LA DOCTRINA RACISTA A LA IDEA RACISTA ARIA

El paso se liga al nombre de Alfredo Rosenberg y esto nos dice ya lo bastante de la doctrina racista que alienta bajo las llamaradas de la idea de que es señalado campeón. Ante todo es polémica, nacida de la lucha. Rosenberg captó las primeras impresiones de la vida, esas estampas indelebles que definen para siempre con motivación sentimental nuestras adquisiciones ideológicas, en una región de combate donde ha siglos lidiaban tres razas: la faja báltica, en donde sobre el cañamazo de las gentes fineso-estonas numéricamente en mayoría, clavaban las garras en contienda sorda rusos y alemanes. Nacido en Reval, el 12 de enero de 1893, le sorprendieron en plena juventud las inciden-

cias de la guerra y los horrores de la revolución; y cuando emigra a Alemania, a finales de 1918, trae todavía impresas, en el dolor de las pupilas aterradas, las pasiones de la polémica vivida, y el sentimiento, mejor el resentimiento, que queda siempre como precipitado último de todas las amarguras. La lucha entre las razas, conocida en la persecución contra los alemanes vivientes en Estonia y aprendida en la separación diaria de aquel país limítrofe, es en él un mito que no viene del reposado meditar de los libros como en Schelling, ni de una intuición casi poética a lo Moeller van den Bruck, sino que nace de la escuela de los sufrimientos; por eso su doctrina no es teoría, antes acción; no exposición erudita, sino estilo polémico; vida, en lugar de ciencia; brazo, en vez de cerebro; y de ahí que no se contente con permanecer sabihondamente expuesta en libros de seminario o en conferencias de cátedra, sino que salga a la calle y se pregone en *meetings* y discursos; esto es, que advenga a la política.

De este modo Rosenberg elabora el mito político de la raza, ya presentido anteriormente por los doctrinarios, pero que en él va a ser dogma y afirmación violenta. Por eso su obra resulta apenas nada científica, sí más bien

ramillete de metáforas alucinantes que buscan la conmoción en lugar del sentimiento, sustituyendo las razones de la cabeza por los motivos que iluminan la dialéctica del corazón. Cuando sus enemigos le echan en cara confundir al Emperador romano Graciano con el monje medieval autor del *Decretum* canónico. o le asaetean con críticas análogas, no comprenden el papel que Rosenberg llena; le tratan como erudito, siendo en realidad un ensayista destinado a deslumbrar las masas.

La idea central rosenbergiana es la de que. frente a los caducos mitos que en el pasado lejano y próximo, especialmente en la Alemania de Weimar, vienen absorbiendo la fe del pueblo alemán, es preciso levantar un mito nuevo: la creencia en la propia sangre: un mito que abarcará todo, desde la religión hasta la literatura, con esa totalitariedad de pretensiones propia del pensamiento totalitario.

Según él, las crisis de la historia alemana provienen de haberse rendido a las prédicas de una religión decadente y acobardadora: del Cristianismo. "Jesús está traspasado por supersticiones siro-etruscas" (1), escribe textualmente. y así toda su obra es la antítesis de la naturaleza nórdica. La cuestión se cen-

tra en la antítesis entre el honor *(Ehre)* y el sentimiento de inferioridad *(Demut)*. El primero se simboliza en la cruz gamada, emblema de la nueva religión que entronca con lo antiguo, la de los muertos por la sangre y el mito de la raza; "el Dios que nosotros veneramos—son palabras con que concluye su obra capital *El mito del siglo XX*—no existiría como nuestra alma y nuestra sangre no existiesen, así hablarían para nuestro tiempo las creencias de un maestro Eckhardt. Por esto es objeto de nuestra religión, de nuestro derecho, de todo nuestro Estado, lo que el honor y la libertad de esta alma proteja, refuerce, imponga y purifique. Por esto son lugares sagrados aquellos en los que héroes alemanes murieron por tales ideales; son santos aquellos sitios donde inscripciones y piedras funerarias los recuerden, y son días sagrados aquellos en los cuales lucharon otrora apasionadamente. Y la hora santa vendrá para los alemanes cuando el símbolo del despertar, la bandera con los signos de la vida regenerante, llegue a dominar imperiosamente la conciencia del Imperio" (2). El segundo se tipifica en el crucifijo, símbolo del dolor y de la humildad *(Demut)* (3). La antítesis ario-cristiano se transforma en la de cruz ga-

mada—Cristo en la cruz, honor—sentimiento de inferioridad, orgullosos—humildes.

Semejante mito se va elaborando conforme a la vida de una raza. No es producto de la filosofía, nace de la evolución biológica, que es para el mito racial la síntesis suprema (4); un mito que en el caso alemán fué descubierto por el genio intuidor de Adolfo Hitler, encarnación excelsa del alma tedesca e incorporación viva del mágico mito de la sangre (5).

El resto de las observaciones tiene menor interés, porque todo gira en función de lograr la politización de la doctrina para tornarla bandera de propaganda. Su desprecio del dogma católico (6); su afirmación tajante de que el Cristianismo desconoce el honor (7) y de que los sacramentos son ritos mágicos (8); su empeño en presentar al marxismo y al catolicismo como aliados entre sí para combatir al alma nórdica, llegando a escribir que "los jesuítas son los caudillos del partido socialista" (9); la tesis de que deben sustituirse las "fábulas" del Antiguo Testamento por las leyendas de las *Sagas* (10), y otras cien proposiciones análogas, solamente pueden interpretarse como armas de ataque contra los grandes partidos políticos de la

época de la Constitución de 1919. Señalemos sólo, en cuanto tocan a españoles, las palabra violentísimas con que presenta a la Compañía de Jesús como un producto de degeneración racial en oposición a la superior sangre nórdica, en cuanto fundada por un vasco y continuada por un judío cual el padre Diego Láinez (11), la lumbrera de Trento, y defensora de la "obediencia de cadáver" establecida en las *Constituciones* ignacianas y que para Rosenberg es una teoría semítica *(eine semitische Lehre)* (12).

Todo secuela de la posición política: la fusión de la idea con la raza (13). Hasta a los temas internacionales lleva la tendencia, sustentando que el bolchevismo ruso es producto de una raza extraña a los eslavos, la judía (14), en lugar del nacionalismo que nos quieren presentar los escritores comunistas.

Meras proposiciones políticas. Alfredo Rosenberg ha traído la tesis racista desde lo guardado en los libros a los aireados vientos de la calle. El racismo deja en sus manos de ser una teoría para pasar a ser una bandera de combate.

Con pujos de filosofía, volviendo al rancio positivismo para encontrar en él un punto de apoyo a la política racista, una serie de escri-

tores cuya enumeración sería empresa larga ha intentado elaborar una nueva disciplina, el arte de razas o *Rässenkunde,* diferente de los antiguos estudios en boga a principios de siglo, como los de Federico Ratzel, en que supeditan la civilización a la biología (15). Entre todos ellos resalta Hans Günther, autor de numerosas obras y especialmente de un *Kleine Rassunkunde des deutschen Volkes,* que ha logrado extraordinaria popularidad (16). Günther hace del arte de razas una parte de la historia natural, señalándole como meta el estudio de las familias, géneros, variedades y especies humanas, ni más ni menos que tal cual lo hacen los naturalistas con los animales o las plantas; diferenciando esta nueva ciencia en que a todo tipo corresponde un elemento espiritual que, al transmitirse hereditariamente en unión de las características corporales, genera un grupo aparte reproducido a lo largo de sucesivas generaciones y que se llama raza.

El objeto del libro es señalar las razas existentes en Europa, para evitar la mezcla y poder cuidar de la pureza de la aria superior. A este respecto apunta las siguientes: a), *nórdica.:* gentes altas, de cabeza alargada y estrecha, ojos, cabello y piel de color claro;

b), *occidental:* hombres pequeños, de cabeza alargada y rostro estrecho, ojos, piel y cabellos oscuros; c), *dinárica:* tipos altos, cabeza corta y rostro estrecho, cabellos, ojos y piel oscuros; d), *oriental:* gentes pequeñas, cabeza corta y rostro ancho, cabellos, piel y ojos oscuros; e), *báltico-oriental:* hombres bajos, de cabeza y rostro ancho, con cabellos, ojos y piel claros; f), *fálica:* tipos muy altos, cabeza medianamente alargada, rostro ancho y ojos, piel y cabellos claros; son tenidos como una subclase de los nórdicos, y g), *sudetes:* poco crecidos, de cráneo y rostro más bien estrechos, piel, ojos y cabello oscuros. A estos tipos corresponden cualidades espirituales que Günther analiza con cuidado (17); entre ellas sólo recogemos las que corresponden a la raza occidental, pobladora de España, señalando que nos presenta como fanáticos en lo religioso, anárquicos en lo político, con un cariño vivaz hacia los hijos y con tendencias morales a la crueldad, a martirizar a los animales y al sadismo (18).

En otro campo, el filosófico, la aportación de Ottmar Spann constituye lo más seriamente científico que en torno a la doctrina de la raza ha producido la ciencia alemana de los veinte últimos años. Es imposible rendir en

breves líneas una exposición completa, ni siquiera en esbozo, de la doctrina spanniana, porque ello implicaría referirnos a la totalidad de su filosofía, orientada hacia las fuentes auténticas del idealismo y referida en último término a describir el proceso creador del espíritu desde que es simple ser que la ontología empieza a definir hasta que, sublimado en Dios, cruza por todos los campos de la neumotología, de la filosofía natural y del ámbito de las ideas (19), terminando por conducirle finalmente a la vida social (20). El tema central está en la conexión o enramajamiento *(Gezweiung)* entre los dos principios del *Geist* o espíritu, y del substratum material o *Stoff*, en una escala donde sucesivamente señala los tramos de Dios, el espíritu, el alma, la naturaleza y la materia prima (21). Uno de los puntos de concreción total, o sea de objetivación del espíritu, es la raza (22), paralelo a los de Sociedad, Estado, Iglesia y Pueblo *(Volkstum)*; pero desde un punto de vista fisiológico; lo que no obsta para que Spann la matice de espiritualidad y la coloque en una proyección hereditariamente transmisible, con lo que la raza viene a ser un estilo, una manera peculiar de las creaciones del espíritu y una objetivación de rasgos sucesiva-

mente fijados, tanto en lo físico como en lo anímico, por vía de la herencia.

Recogiendo esta posición spanniana y precaviendo el peligro de un materialismo, Theodor Haring ha buscado últimamente espiritualizar las tesis racistas afirmando la incapacidad de cualquier factor natural, incluído el de la raza, para crear por sí sólo un tipo espiritual, concediendo así un papel de primer plano a aquellos ingredientes directivos espontáneos y conscientes que ya de antemano solemos llamar espíritu (23); en cuya manera de opinar le acompañan figuras tan relevantes como Leese (24) y H. Schwarz (25).

En el campo de la filosofía del derecho y de la política, la doctrina racista ha desempeñado un papel importantítimo. Baste citar el nombre de Julius Binder.

1.—Alfred Rosenberg: *Der Mythus des 20. Jahrhunderts. Eine Wertung der seelisch-gestigen Gestaltenkämpfe unserer Zeit*. München, Hoheneichen, 1942; pág. 175.
2.—*Der Mythus*, 701.
3.—*Der Mythus*, 616.
4.—*Der Mythus*, 117.
5.—*Der Mythus*, 546.
6.—*Der Mythus*, 116.
7.—*Der Mythus*, 156: "Christentum ohne Idee der Ehre".
8.—*Der Mythus*, 162.
9.—*Der Mythus*. 471: "Jesuiten, die Führer der Sozialdemokratie".

10.—*Der Mythus*, 611.
11.—Textualmente, "ein Jude", en *Der Mythus*, 180.
12.—*Der Mythus*, 176.
13.—Vide especialmente el artículo "Die Fahne", publicado en el *Völkischer Beobachter* del jueves 8 julio 1926, y recogido en las páginas 127-129 de *Blut und Ehre. Ein Kampf für deutsche Wiedergeburt. Reden und Aufsätze von 1919-1933*. München, Zentralverlag der N. S. D. A. P., 1939.
14.—Vide "Der Bolschewismus als aktion einer fremden Rasse", en las páginas 364-378 de su *Gestaltung der Idee (Blut und Ehre. II Band). Reden und Aufsätze von 1933-1935*. München, Zentralverlag der N. S. A. P., 1943.
15.—Federico Ratzel las diferenciaba netamente, admitiendo la posibilidad de que todos los pueblos adquirieran un nivel superior de civilización. Vide las páginas 3-10 del tomo I de su libro *Las razas humanas*. Barcelona. Muntaner y Simón, 1888.
16.—München-Berlín, Lehmann, 1943.
17.—Páginas 57-70.
18.—Página 61.
19.—Es lo que describe en su *Der Schöpfungsgang des Geistes. Die Wiederherstellung des Idealismus auf allen Gebiete der Philosophie*. Jena, Fischer, 1928.
20.—Es lo que detalla en su *Gesellschaftslehre*. Segunda edición. Leipzig, Quelle un Meyer, 1923.
21.—*Der Schöpfungsgang*, 183.
22.—*Der Schöpfungsgang*, 237.
23.—Citado por Johannes Hessen en las páginas 100-102 de su *Die Geistesströmungen der Gegenwart*. Freiburg im Breisgau, Herder, 1937.
24.—*Rasse, Religion, Ethos*. Gotha, 1934; pág. 16.
25.—*Gottestum im Volkstum*. Langensalza, 1928; pág. 33 y siguientes.

LAS DOCTRINAS RACISTAS EN EL MUNDO ANGLOSAJON

Un profesor norteamericano que oyó en Berlín las lecciones de Droysen y respiró el ambiente caldeado de las Universidades alemanas, John W. Burgess, es el conducto por donde llega la formulación teórica, mejor diríamos técnicamente académica de las teorías racistas, al mundo anglosajón. En su *Ciencia política y derecho constitucional comparado* (1) recoge las tesis germanas, elaborando una doctrina política sobre el cimiento de la diversificación racial.

Su punto de partida es buscar un adecuado criterio que permita resolver en cada caso el problema de la nacionalidad, una norma que reduzca a unidad conceptual la existencia perfecta, unitaria y completa en que la nación

consiste. Para Burgess este criterio solamente puede ser el etnológico; una nación, concluye en consecuencia, es una unidad étnica habitando un territorio de unidad geográfica *(Nation is a people of an ethnic unity inhabiting a territory of a geographical unity)* (2). Así el problema de la nacionalidad se traslada al plano étnico; pero no al plano exclusivamente biológico, sino histórico. Burgess define lo étnico como una población poseedora de comunes lenguaje, literatura, tradición, historia, hábitos e idéntica conciencia para juzgar la buena y mala conducta; observando él mismo que de este modo no supone común origen de raza *(It will be observed that I do not include common descent and sameness of race as qualities essential to national existence)* (3). La doctrina se sale así de la estrechez racista estricta, pasando de la física a la historia y de la sangre a la comunidad de ideas y sentimientos. En realidad lo que Burgess traducía no era la noción alemana de *Rasse,* sino la de *Volkstum;* y es que no podía hacer otra cosa en cuanto teórico americano, hijo de una nación procedente de los pueblos más diversos, antítesis la más completa de la unidad de tipo físico imperante en la vieja Europa, y especialmente—salvo las ex-

clusiones que el propio Burgess detalladamente anota—en el imperio tedesco.

Trasladada la cuestión al plano histórico, Burgess no puede menos de plantearse los tipos de diversidad cultural que en la historia representan diversas aptitudes y distintas realidades; no son ya tipos físicos, sino características de toda índole mantenidas a lo largo de los años como un complejo de actitudes y de aptitudes. Así reduce a cinco estas que pudiéramos llamar razas históricas: el griego, el latino, el celta, el teutón y el eslavo, son las cinco grandes razas *(great races)* con capacidad de crear cultura. Entre todos, los de mayor talento político son los teutones, en tanto que los celtas carecen de dotes políticas en absoluto y los griegos las poseyeron sólo en un pequeño grado (4). Los celtas únicamente lograron constituir gobiernos ligados por lazos personales, sin haber conseguido superar el limitado horizonte del clan, pequeño cuerpo a cuyos más apartados asuntos podía siempre acudir la mano del jefe personal. Los únicos que han logrado edificar, en el extremo opuesto de la escala, unos Estados de dimensiones nacionales, son los teutones.

En la misma forma que antes Gobineau y pocos años más tarde Chamberlain, Burgess

pasa revista a la historia europea para concluir que todos los Estados nacionales y supralocalistas se deben a la iniciativa y al genio político germano. Los visigodos en España, los suevos en Portugal (6), los longobardos en Italia, los francos en Francia y Bélgica, los anglosajones y normandos en Inglaterra, los germanos en Escandinavia y Dinamarca, así como otras ramas en el centro de Europa, han sido los esqueletos de la armazón política; e incluso nota que casas de sangre alemana reinaban en Grecia, Rumania y Rusia. Hasta, dada la función desempeñada por gentes de esa procedencia en la historia de los Estados Unidos de América del Norte, éstos son un "teutonic national State".

La consecuencia política final viene por sí sola. Si los hombres de raza teutónica han sido los únicos capaces de lograr las formas políticas más altas, a ellos toca dirigir a las demás razas de la Humanidad. Burgess no rehuye apurar la lógica de sus ideas y termina concediendo a los teutones el puesto rector del mundo: la "leadership in the establishment and administration of States".

Burgess mantiene su tesis en el terreno de la teoría como una aspiración de consecuencias técnicas. Es a un autor que escribe en

plena guerra europea, a Madison Grant, a quien corresponderá dar vida y colorido actual a las ideas racistas en su libro *El transcurso de la gran raza, o las bases sociales de la historia europea* (7), escrito de trama similar a las obras de Gobineau y Chamberlain, y, como éstas, transidas de ese seudomisticismo mitad místico y mitad sociológico que caracteriza a todas las lucubraciones poetizantes del mito de la sangre nórdica; con lo que más que doctrina es un continuo moverse en el arenoso suelo de las hipótesis brillantes; en tal manera que los fundamentos biológicos no buscan razones donde demostrarse, sino llamaradas de sentimiento con que quemar las sensaciones del corazón.

La temática de las razas toma en Madison Grant un tinte heroico. No deja de reconocer que la más antigua aportación a la cultura europea procede del hombre mediterráneo e incluso llega a admitir en un curioso trecho que a este hombre se deben productos artísticos jamás superados como expresión de definitivos logros estéticos (8); pero en definitiva el *homo alpinus* es raza pastoril y bucólica, más dada a la poética que a la milicia, quedando reservado para los semidioses nórdicos el destino heroico de los soldados, marineros,

aventureros y exploradores, y, sobre todo, el casi divino instinto del gobierno y de la aristocracia.

La conclusión política es pareja a la que para Alemania dedujera Chamberlain: la de que es preciso salvar la pureza anglosajona. nórdica, de la población estadounidense, evitando sea rebajada por los detritus humanos de inferior calidad que las tormentas de la vida arrojan como despojos a las playas norteamericanas (9). Lo que el wagneriano Chamberlain significa para Alemania es Madison Grant para los Estados Unidos; bien que hay una diferencia: la resonancia infinitamente menor con que el ambiente americano respondía.

Poco fué el que encontró, ni aun en medio del torbellino apasionante del momento bélico, bien que éste la librara del total vacío y desdén con que fué recibido un libro de análogas tendencias publicado ocho años antes: la *Raza o hibridismo*, de P. Schultz (10).

Como era de esperar, la boga tocó durante la guerra a los libros que recogían la tesis racista dialécticamente, para poner en ridículo con ella a los propios alemanes; escritos no científicos, hijos de la pasión o de la moda, y que solamente la circunstancia de su condi-

ción doctrinalmente polémica puede llevarnos a consignar aquí; tales son, entre otros, el titulado *¿Dolicocéfalos o braquicéfalos, o qué pasa en Alemania?*, de S. Sadler (11), o *De su propia boca,* indigno de ser firmado por la respetabilidad de un William Roscoe Thayer (12).

Más importancia tienen dos libros que seleccionaremos entre toda la literatura americana sobre el problema: el *América, cuerpo familiar*, de Charles W. Gould (13), y *La historia racial del hombre,* del profesor Roland B. Dixon (14). Ambos de carácter histórico, referidos a una perspectiva racista del pasado. La idea central de Gould es la de que todas las civilizaciones han sido originadas por actuaciones directas de la raza aria, en lo que coincide con los libros de Gobineau y Chamberlain; pero puntualizando más la cronología, porque señala concretamente los años que van del 530 al 510 antes de Cristo como aquellos en que tiene lugar ese brusco florecer de las soterradas aptitudes de la gente rubia en una amplísima zona que abarca desde el Ganges al Tíber los pueblos de la India, de Persia, de Grecia y de Roma. El libro de Dixon se ciñe a la propia América, para concluir que no hay raza que se haya conservado

pura; deduciendo que lo importante no es buscar los tipos depurados, sino concretar el nivel y porcentajes de la mezcla. En contra de las observaciones de Clinton Stoddard Burr (15), para el que todavía hay en Estados Unidos un 86 por 100 de sangre nórdica incontaminada, Dixon cree que ese aislamiento racial no existe; sustituyendo el nordismo puro por un neoeuropeísmo de piel blanca que él juzga más oportuno en los criterios legales para regular la inmigración.

1.—En el título original *Political Science and Comparative Constitucional Law*. Dos tomos, publicados en Boston en 1890 y consagrados, respectivamente, a *Sovereignty and Liberty*, el I, y a la teoría del gobierno, el II.

Hay traducción castellana, aparecida pocos años después de la edición original, también en la distribución dicha de los dos tomos, en Madrid. La España Moderna, s. a.

2.—*Pol. Sc.*, I, 1.

3.—I, 2.

4.—I, 4.

5.—I, 33 y siguientes.

6.—De esta opinión juzgue el lector por sí mismo. Como en otros juicios de autores extranjeros sobre cosas españolas, preferimos eludir el comentario que merecen.

7.—*The passing of the great race, of the social basis of the European history*. Primera edición en Nueva York. 1916. La segunda. revisada, en 1918.

8.—*The passing*, 198.

A veces se excede en la argumentación. con contrastes curiosísimos. El hombre teutón nórdico es el mejor combatiente, el "fighting man" por excelencia

(página 166); pero también tan honrado cuanto estúpido (pág. 199).

9.—*The passing*, 72-74.

10.—*Race or mongrel*. Boston, 1918.

11.—*Long heads and round heads, or what's the matter with Germany?* Chicago, 1918.

12.—*Out of their own mouths*. Nueva York, 1917.

13.—*America, a family matter*. Nueva York, 1922.

14.—*The social history of man*. Nueva York, 1923.

15.—En su *America's race heritage*. Nueva York, 1922.

LA POSICION CATOLICO-ESPAÑOLA

La posición católica ante las doctrinas racistas es la de negación. En el pensamiento cristiano toda la trama cósmica se centra en la cuestión de las relaciones entre el hombre y Dios, viendo en todo hombre un ser dotado de razón y libre albedrío que ha de ganar por propio esfuerzo la gloria eterna; el Cristianismo da a todos los hombres la posibilidad de salvación, y precisamente la importancia de las novedades que desde el principio le comenzaron por oponer a la estrechez de la concepción judaica era esta universalidad religiosa que abría a todos los pueblos la puerta del cielo, a diferencia de la antigua noción mosaica de los elegidos.

Ya desde el principio de la predicación, Cristo dió a sus enseñanzas amplitudes que

excedían a las confines políticos y raciales de Israel; contra la ley de la circuncisión y la idea del pacto entre Yahué y su pueblo, tan típica del Viejo Testamento, la buena nueva que el Evangelio significa es una verdad bajo cuyo lábaro vendrán a agruparse gentes de toda raza y condición; al legar las siete cláusulas solemnes de un testamento escrito con sangre divina desde las cumbres del Calvario, los brazos de la cruz se abrían en amor para todas las naciones simbólicamente congregadas en la Jerusalén comerciante y pascual, romana y tetrárquica, idumea y judía, y la tercera de sus palabras era para llamar a los hombres buenos de la tierra, sin distingos de matices ni colores. *Ecce filius tuus. Ecce mater tua.* En el testamento de Cristo todos tienen la condición de iguales herederos.

El gran expositor teórico de la tesis racista cristiana, si vale el juego de la frase, es San Pablo, al que Dios concedió el destino de que su ejemplo fuera el de la universalización del Cristianismo, tocándole en suerte el mote de Apóstol de los gentiles con que la posteridad le reconoce. San Pablo sustituye la idea de la ley racista antigua, transmitida de padres a hijos en el pueblo judío en tradición mixta de fe y sangre y simbolizada en

el rito de la circuncisión, por la de la ley nueva, ancha como los confines de la tierra y alta como la escala que va del suelo al cielo. Lo externo del rito se interioriza en la rectitud de la conducta; la forma de la adscripción a una estirpe cae ante la prescripción de una moral común a todas las naciones; lo esencial no es la circuncisión en el prepucio, sino la circuncisión del corazón. La idea del judío se sustituye por la idea del hombre, y con ello la teoría racista había muerto. El verdadero judío—dice en la *Epístola ad Romanos*, II, 28-29—no es el que aparece como tal, ni el que está circunciso en la carne, sí el que es judío en la intimidad y circuncidado en el corazón. *(Non enim quid in manifesto, Judaeus est: neque quae in manifesto, in carne, est circumciso: sed qui in abscondito, Judaeus est: et circumciso cordis in spiritu, non littera: cuius laus non ex hominibus, sed ex Deo est.)* Y en la *Epístola ad Galatas*, III 28-29, corrobora la universalidad del Evangelio, pan de todas las almas, primera religión que hace a todos los hombres, judíos y gentiles, ricos y pobres, libres y esclavos, iguales ante Dios: *Quicumque enim in Christo baptizati estis, Christum induistis. Non est Judaeus, neque Graecus: non est servus, neque liber: non est*

masculus, neque femina. Omnes enim vos unum estis in Christo Jesu. Si autem vos Christi: ergo semen Abrahae estis, secundum promissionem heredes. Con el primer gran teórico del Cristianismo, el racismo, en la única forma que entonces revestía, ha sido denunciado como idea y como doctrina. Todos los hombres serán hijos de Dios, hermanos de Cristo, redimidos por su sangre y en idéntica medida herederos de su gloria. Cuando Pedro y Pablo sellen con el martirio la verdad de los preceptos que enseñaban, lo harán juntos, como si Dios quisiera subrayar que debían morir por confesarles gentes de cualquier procedencia.

La depositaría de la predicación apostólica, la Iglesia de Roma, recogió esta bandera y la ha mantenido hasta nuestros días, gozándose en proclamar su condición de universa, de católica. Según la etimología helénica católico equivale a universal, y una de las características que hacen de la Iglesia romana la auténtica cristiana es haber cumplido el mandato de Cristo siendo católica, esto es, universa.

Toda la filosofía católica se halla impregnada de estos tintes y también son universales las posiciones que en estos temas fija el

pensamiento de nuestros clásicos de la era grande. No se les ocurre definir a los pueblos por la raza, de acuerdo con la opinión que llevándolo todo al plano del espíritu permitía a los judíos ser obispos y hasta les entregaba en Trento, maravilla del genio español, cristiano y abierto, la definición del dogma por boca del padre Diego Láinez. Cuando aquellos escritores se dan a separar los pueblos de la tierra y enumeran las tablas de diferenciación, apenas mientan el síntoma racial. Uno, quizá el más difundido de ellos, aquel Fray Antonio de Guevara, de tan insospechadas influencias que van desde Inglaterra a Suecia y a Rumania hasta el punto de hacerle una de las figuras más representativas de la cultura europea de su tiempo, ocupado en determinar los rasgos generales que aislan a las gentes en naciones ni siquiera tiene en cuenta la raza, de prendido que estaba a la tesis universa de España: "Hágoos saber—escribe—que todos estos reinos en muchas y muchas cosas son diversos; conviene a saber: en lenguas, en personas, en aiales (1), en metales, en aguas, en carnes, en costumbres, en leyes, en tierras, en edificios, en vestido, en mantenimientos y, sobre todo, son diversos en dioses y tem-

plos de Europa a los dioses y templos de Asia" (2).

Sin que falte la tesis antirracista expresamente formulada en palabras que calcan los decires paulinos. "Entre cristianos—asevera un portugués que escribe en castellano e imprime el libro en Italia, casi como símbolo de lo universo español—, todos son miembros de un cuerpo, y en la religión unos, y hermanos en Jesucristo, en cuya presencia no hay diferencia de pueblos ni naciones; de judíos ni gentiles; de bárbaros ni de scithas, porque su fe y religión quitó todos los intervalos y atajos que distinguían entre sí los pueblos y los ayuntó en su Iglesia" (3).

La idea política de España se compadecía con la doctrina paulina y del doctor Bartolomé Felipe; las leyes de Indias, con su tendencia a favorecer el matrimonio entre europeos e indígenas, son la mejor comprobación de una postura que, siendo cristiana, no podía dejar de ser la más humana.

Las tendencias modernas del pensamiento nuestro, conscientemente o sin buscarlo, no han podido deshacerse del lastre cristiano de la igualdad biológica. Hombre tan poco sospechoso de identificación con nuestra posición tradicional como el maestro D. José Ortega

y Gasset da de lado a las doctrinas racistas con palabras contundentes, buscando las causas de diferenciación política en el Estado y no en el pueblo, en una unidad de convivencia mejor que en una unidad de sangre. "Es falso suponer — dice tajantemente — que la unidad nacional se funda en la unidad de sangre, y viceversa. La diferencia racial, lejos de excluir la incorporación histórica, subraya lo que hay de específico en la génesis de todo gran Estado" (4). Ortega llega a consecuencias contrapuestas a las de Gobineau; lejos de depender la raza del Estado, todo Estado nace como superación de las limitada posibilidades que acarrea la pureza biológica, casi como para superar el desequilibrio político que supone la coexistencia de gentes de distinto origen. No hay Estado, viene a decir, sino cuando se echa por la borda la noción de raza; el Estado es la forma que sustituye, en un grado más elevado, la reducida visión que hace de la historia y de la vida un juego de color de ojos o de piel.

Sin embargo, uno de los más señeros expositores de la universalidad de nuestra función en el mundo, Ramiro de Maeztu, aplaudía la iniciativa de un sacerdote español, Zacarías de la Vizcarra, al crear en Buenos Ai-

res la "fiesta de la raza" como símbolo de la unidad—antirracista, biológicamente hablando—de los pueblos hispánicos. Pero la acepta afirmando que, evidentemente, España no es una raza, "porque lo que llamamos raza no está constituído por aquellas características que puedan transmitirse al través de las oscuridades protoplasmáticas, sino por aquellas otras que son luz del espíritu, como el habla y el Credo" (5). La Hispanidad abarca desde el vasco de raza milenariamente pura que le dió los Ignacios y Oquendos, al noble godo de quien proceden los Guzmanes, al árabe de los Benhumeya, al celta de los Camoens, o al indio y malayo que amparó la cruz y el brazo de Castilla. "Sería absurdo buscar sus características por los métodos de la etnografía", concluye Maeztu incidiendo en la eterna postura de la verdad católica y española, para la que los hombres se diferencien en la bondad del alma y no en la clase de los cuerpos.

1.—Vocablo no existente en el *Diccionario de la Real Academia Española*, décimoquinta edición, procedente de otro hebreo que significa ciervo.

2.—Fr. Antonio de Guevara: *Libro del famosísimo Emperador Marco Aurelio, con el Relox de Príncipes nue-*

vamente añadido. s. l. n. a. (1529?), 237 folios. Cita al cap. XXVII, folio 33 vuelto b.

3.—Dr. Bartolomé Felipe, portoghese: *Del consejo y de los consejeros de los Príncipes*. Segunda impression. Turino. Impresso en casa de Giovicenzo del Pernetto, 1589. Cita al discurso XVIII, folio 153, que por errata tiene el número 150.

Para colmo de universalidad, el libro está dedicado a un alemán, el Archiduque Alberto de Austria, que había de gobernar a Flandes en nombre de las Españas. ¡Dichosa edad en que eran posibles tales cosas!

4.—*La España invertebrada*. En *Obras*, Espasa-Calpe, 1932; página 687.

5.—*Defensa de la hispanidad*. Tercera edición. Valladolid. Cultura Española, 1938; pág. 34.

LA DOCTRINA POLITICA DE LA RAZA

Que la raza carezca de proyecciones metafísicas no quiere decir sea ajena a la evolución histórica. Antes al contrario constituye uno de los factores más importantes en la formación de los pueblos.

Porque la raza es uno de los ingredientes físicos de la Tradición, y la Tradición es el substratum histórico por el que los pueblos se distinguen (1). La Tradición resulta de un conjunto de factores en función del suceder: raza, lengua, geografía, batallas, elaboraciones científicas... Entre estos factores, y con carácter biológico, la raza es uno de los principales. Es evidente que la Tradición del mundo chino aparece reforzada y estigmatizada en oposición a cualesquiera de las

occidentales por el pigmento amarillo de la piel; pero ni la suya ni la nuestra es Tradición nacida exclusivamente de este rasgo.

Los factores enunciados no bastan por sí solos para constituir una Tradición, aunque sí son partes a elaborarla. Tal es la doctrina filosófico-política de la raza, anudada a la noción de Tradición y divorciada de los extremismos históricos. Históricos; porque, repetimos, la raza nunca incide en la metafísica. Es cosa física, y la metafísica es precisamente aquello que está más allá de la física, adonde la biología no puede nunca llegar.

1.—Francisco Elías de Tejada Spínola: *La Causa diferenciadora de las comunidades políticas (Tradición, nación e imperio).* Madrid, Reus, 1943; pág. 16.

DEL MISMO AUTOR

PUBLICACIONES

1.—*Notas para una teoría del Estado según nuestros autores clásicos* (siglos XVI y XVII). Sevilla, 1937; 181 págs.

2.—*Sobre Derecho social.* En las "Notas al Fuero del Trabajo", de Luis J. Pedregal. Cádiz, Cerón, 1938; páginas 233-249.

4.—*Jerónimo Castillo de Bovadilla.* Madrid. 1939; 145 páginas.

4.—*Ideas políticas de Angel Ganivet.* Tesis doctoral. Madrid, 1939; 245 páginas.

5.—*Para interpretar a Angel Ganivet.* Separata de "Ensayos y estudios". Berlín, 1940; 15 páginas.

6.—*Acerca de una posible historia del pensamiento político español.* En la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia.* Madrid, 1941; páginas 421-448.

7.—*Monarquía y caudillaje. En torno a dos textos olvidados.* Separata de la *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid.* 1941; 20 páginas.

8.—*Programa de un curso de Filosofía del Derecho.* Salamanca, 1942.

9.—*Introducción al estudio de la Ontología jurídica.* Madrid, Suárez, 1942; 131 páginas.

10.—*La causa diferenciadora de las comunidades políticas (tradición, nación e imperio).* Separata de la *Revista*

General de Legislación y Jurisprudencia. Madrid, Reus, 1943; 47 páginas.

11.—*Las doctrinas políticas en Portugal (Edad Media).* Madrid, Escelicer, 1943; 233 páginas.

12.—*La sátira política en Portugal durante el siglo XV.* Separata de la *Revista de la Universidad de Madrid.* 1943; 33 páginas.

13.—*La tradición gallega.* Madrid, 1944; 203 páginas.

14.—*Las ideas políticas de Gil Vicente.* Separata de la *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid.* 1944; 32 páginas.

15.—*El hegelismo jurídico español.* Madrid, editorial *Revista de Derecho Privado.* 1944; 145 páginas.

EN PRENSA

16.—*Para una nueva perspectiva del pensamiento político de Donoso Cortés. (Revista de la Facultad de Derecho de Madrid.)*

17.—*Las doctrinas políticas del príncipe de Viana. (Revista General de Legislación y Jurisprudencia.)*

11 bis.—*As doutrinas políticas em Portugal (Idade Média.)*

14 bis.—*As ideas políticas de Gil Vicente* (Pro Domo).

TRADUCCIONES

18.—Del inglés: *The making of Europe*, de Christopher Dawson (Ediciones Pegaso).

19.—Del rumano: *La filosofía del Derecho en Rumania.* Páginas 289-318 de la *Istoria filosofiei Românesti*, de N. Bagdasar. Bucuresti, Societatea Romàna de Filosofie, 1941. *(Revista de Derecho Privado.)*

LAS GRANDES CUESTIONES INTERNACIONALES

NUMEROS PUBLICADOS

1. **El mundo en conflicto**, por Isidro de las Cagigas.
2. **El petróleo en el mundo moderno**, por A. Maestro de León.
3. **Hungría y Rumania en el Danubio**, por Juan Eduardo Zúñiga.
4. **El Racismo**, por F. Elías de Tejada.
5. **La Historia y la Política de Bulgaria**, por Juan Eduardo Zúñiga.



8 pesetas

Editorial PACE
Ayala, 57
MADRID